

Arturo Maccanti

El eco de un eco de un eco del resplandor

Arturo Maccanti

BIBLIOTECA BASICA CANARIA

38

**EL ECO DE UN ECO
DE UN ECO DEL RESPLANDOR**

Edición de Alfonso O'Shanahan



Biblioteca Básica Canaria

Director

Juan Manuel García Ramos

Consejo asesor

María Rosa Alonso

Juan Jesús Armas Marcelo

Joaquín Artiles

Luis León Barreto

Sebastián de la Nuez

Pablo Quintana

Jorge Rodríguez Padrón

Lázaro Santana

Maximiano Trapero

Comisión técnica

Coordinación:

Maximiano Trapero

Corrección:

Juan Antonio Martínez de la Fe

Diseño:

Juan Francisco Alamo

Producción:

Carlos Gaviño de Franchy

Secretaría:

Bernardo Chevilly

Mireya Jiménez Jaén

Arturo Maccanti

EL ECO DE UN ECO
DE UN ECO
DEL RESPLANDOR
(Obra poética)

Islas Canarias
1989

© Para la introducción **Alfonso O'Shanahan**

© Para el texto **Arturo Maccanti**

©  Viceconsejería de Cultura y Deportes.
Gobierno de Canarias

ISBN: 84-87137-11-3

Depósito Legal: M. 17.756-1989

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

A María Isabel

A María José



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCIÓN	15
EL ECO DE UN ECO DE UN ECO DEL RESPLANDOR (obra poética)	
1. De "San Borondón" (1958)	21
Poemas para un niño que murió en noviembre.	23
Momento	28
Poema ante los ojos de una muchacha	29
Soneto	30
A tus manos	31
2. De "Poemas" (1959)	33
Cielo final	35
Oración por la rosa	36
En que el poeta recuerda	37
3. De "El corazón en el tiempo" (1963)	39
Sobre su grupa negra se la lleva	41
Temblando entre mi sangre	42
El tiempo y una ciudad	44
Diecisiete años	46
El cementerio en la colina	48
Mar muerto	50

4. De "En el tiempo que falta de aquí al día"	
(1967)	51
El pasajero	53
De la memoria	54
El viaje	55
De cárceles oscuras	56
Atardecer por Santa Catalina	57
Arándonos	58
Torvo animal	59
A la luz de este día	60
En la luz	61
La sangre sola	62
De sus cielos nativos	63
Póvero Gino	65
Estampa antigua	66
Del destino	67
Carta	68
En la plaza con lluvia	70
Escrito para música	71
El despierto	72
Desde el fondo	75
A orilla de los mares	76
Cuarto oscuro	77
Hacia el invierno frío	79
Réquiem con rosas	80
Niño hacia el mar	81
5. De "De una fiesta oscura" (1977)	83
A mí mismo	85
Décima del ser	87
En la alta marea de la tarde	88
Ahora mismo	90
La estación florida	91
Este vacío que yace junto a mí	93
Pasto de un fuego	95
Columpio solo	97

	<u>Págs.</u>
Antes después ahora nunca siempre	99
La caída del Imperio Romano	100
Las décadas	101
<i>Prosas:</i>	
Ayer mismo las rosas	103
Algo socava, pertinaz	104
Somos una infinitud	105
Me agrupo	106
Belleza de los cuerpos vivos	107
Bella máquina mía	108
Paraíso terrenal	109
6. De "Cantar en el ansia" (1982)	111
Humo	113
Hombre que se aleja cantando	114
El cariz de laberinto de la vida	115
Excepto esa postura de silencio	116
Llaga de luz	117
Arena movediza	118
Tentativa de ser	119
Este mundo de mitos	120
En el espejo	122
Contra un cerco de sombra	123
Las alas, la anarquía	124
La poesía tiene treinta años	125
Necrópolis de Agüere (Aniversario. Las criaturas. Hecho de hojas. Vasto recinto. Jardín. Al aire del otoño. Y tendrás experiencia de morir. Desde fuera. Otro jardín. Ruiseñor de mi ansia)	126
El cazador de estrellas	136
En tu infinita multitud de océano	137
Mar, qué lejos	139
Barranco	140
Con hilo de oro en los cardones	141
Toda la canción es una	142

	<u>Págs.</u>
De la luz del alba	143
En mis días presentes	144
Otra tarde	145
Mientras la ruina de la luz avanza	146
De seres que vivieron en un tiempo florido.	147
En la hora y el sitio	149
A otra luz que no acaba	151
El umbral de este tiempo	152
La gloria de la vida	153
Para un inmenso tiempo de vivir	154
Vivaldi y coronas efímeras	155
Oboe nocturno	156
Entre la luz ya densa de la tierra	158
En la tarde	159
Con las manos sin nadie	160
Quizá caiga la noche sobre mí	162
Emergeré no indemne del dolor	163
Lejos de la ciudad condescendiente	164
Tiempo sin mancha	166
De su ser pretérito	167
Mar último	168
No es fruto del estío	169
Trabajo del silencio	170
Coronación y exilio	171
Tu memoria de ángeles y rosas	173
Tus poderosas manos en el tiempo	174
En el fondo del patio	175
De esta piedra oceánica	177
Son los ríos	178
Vida que rueda	179
Desde la tierra	180
Una nube durante la Gran Guerra	181
Sara Nóbrega	183
Memoria de Asunción Fariña	185
Señales de esperanza	186

	<u>Págs.</u>
Hacia un morir oscuro	187
En caso de desgracia	188
Días de guerra sobre Martí	191
Ni tarde ni temprano	192
Memoria del hondo Sur	194
La canción	200
7. Algunos poemas y prosas recogidos en otras publicaciones	201
Amor o nada	203
Alguna vez	204
Cuerpo en que vivo	205
Aviso	208
Instante	210
Lluvia Mahler	211
Diciembre, adiós	213
8. Algunos poemas y prosas inéditos	217
Querella al ángel	219
Tagoror del recuerdo	220
Partido de domingo	221
De la luz	223
Del caudaloso fluir	224
Ofrenda	225
En la distancia	227

INTRODUCCIÓN

EXILIO, EXISTENCIA, ÉXTASIS

Arturo Maccanti tiene la angustia existencial de un Pavese, la profundidad de un Cavafis y la ternura de un Ungaretti. Además de ello, su bondad es machadiana y su temperamento insular se entronca con Alonso Quesada. De pocos poetas vivos canarios podemos decir lo mismo.

Al entrar en su madurez vital, Arturo Maccanti ha corrido gran parte de su aventura humana y desde ella, desde trances dolorosísimos como la muerte de un hijo a quien busca en cualquier parte, desde la peripecia del amor o del vagabundo, desde el ansia de la soledad confortadora y buscada, y desde una sensibilidad que trasciende el lirismo al uso para situarlo en la hondura de un Juan Ramón, Arturo Maccanti ha ido desgranando un poemario que sitúa a la producción poética canaria en los más altos niveles del panorama de la poesía española de hoy. Nuestra poesía, la poesía canaria, ha tenido en momentos que se ejemplifican en Tomás Morales, en Alonso Quesada, en Pedro García Cabrera —por citar sólo a los ausentes, el último de ellos hasta hace poco entre nosotros— momentos claramente cimeros reconocidos por todos. Yo quiero atreverme a asegurar que, con Arturo Maccanti, Canarias recupera uno de esos momentos en los que la poesía se constituye en la avanzada de las artes y en la muestra más elocuente del grado de espiritualidad de toda una cultura genuina.

Al referirme anteriormente a Cavafis, Pavese, Ungaretti, Machado y Juan Ramón mi intención es la de situar a un poeta tan insular canario como Maccanti en tales raíces greco-latinas que constituyen los muros sobre los que alza nuestra arquitectura cultural. Tal es su universalidad y tal su asimilación de los fenómenos que la estructuran y vertebran. Un signo elocuente de ello es la permanente destilación que hay en el lenguaje de Maccanti de la poética de Cervantes, que pone la hechura de nuestra lengua literaria. Dos títulos de su bibliografía, *"En el tiempo que falta de aquí al día"* y *"Cantar en el ansia"*, son citas textuales del Quijote, lo que viene a ser como un permanente testimonio de fidelidad a su lenguaje civil (no olvidemos que Maccanti es de padre italiano y de madre portuguesa, lenguas que conoce, particularmente la primera, en la que también escribe y que traduce con asiduidad y desenvoltura). Pues bien, con este bagaje, el estilo personalísimo de Maccanti se muestra en sutiles apreciaciones y matices que indudablemente le vienen de su vasto anclaje lingüístico, de tal forma que su facilidad versificadora, su dulce cadencia discursiva, la precisión que logra en la expresión acordada, sin que en ningún momento su enorme ternura incurra jamás en lo sensiblero; es un arsenal idiomático muy poderoso el que domina Maccanti, que, unido a su enternecedor lirismo, nos había depurado hasta ahora una poesía que a todos nos conmovía y que hacía acreedor a Maccanti de ocupar un puesto de privilegio en la poesía canaria.

Pero, ¿cuál ha sido el acontecer de la vida del poeta en los últimos años para que germine en libros como *"Cantar en el ansia"* que supone un salto cualitativo enorme, un libro que discurre por el camino de las ansias sublimes de la sabiduría humana? Porque no es la angustia estrictamente entendida la que vertebra este poemario, no es el existencialismo formulado por la crisis moral de la Europa de entreguerras y que se agudiza en los años cuarenta de este siglo. El ansia de Maccanti es vital pero es también insular. En la primera de las notas explicativas de las dos que

cierran dicho libro el poeta sitúa geográficamente su texto "en la Ciudad de Tacoronte, isla de Tenerife, a los 44 años de mi edad, perdidos —y ganados— *en el exilio, la existencia y el éxtasis*", afirma literalmente, utilizando un verso ajeno. Exilio, existencia, éxtasis, tres conceptos capitales para entender la poesía de Arturo Maccanti, los tres definitorios de su ansia, desde la que *canta*, y como quiera que los éxtasis y angustias existenciales de Maccanti están más explicitados (su sensualidad al itálico modo; su encuentro directo y sereno con la muerte propia a través de la del hijo engendrado, pongamos por caso) es en la noción del exilio insular en lo que quiero centrarme.

Pues, efectivamente, el concepto quesadiano del aislamiento para Maccanti se convierte en el exilio, lejanía dorada y confortadora la de su Tacoronte tinerfeño de la de sus raíces italianas; exilio dolorosamente voluntario en procura de aquel éxtasis, esto es justamente lo menos formulado expresamente en el libro, pero lo que lo impregna todo, de arriba abajo y a todo su ancho y través, y lo que conecta y define en gran medida nuestra alma insular. ¿Quién no tiene en las islas raíces ajenas del orbe europeo, esa "*perla del Universo*" como la definía Ortega en su estancia alemana? Y cuando se pierde la noción de las raíces, como podría decirse que ocurre hoy en gran medida, ¿no pasa a ser un sentimiento inconsciente que pudiera explicarlo en última instancia? Porque el exilio es, por definición, el estar fuera de alguna parte, y el ensimismamiento y la ajenidad que produce la insularidad pueden y deben explicarse así. Cuando, por lo demás, el lugar de esas raíces se convierte en escenario de hechos decisivos, esa ajenidad, esa insularidad se vuelven en ansia, en el caso de Maccanti un ansia sublime por ser protagonista de unos hechos que tanto le van a conformar su rumbo existencial, y al cabo de los años, "*perdidos y ganados*", como afirma en la referida nota, exilio, existencia y éxtasis constituyen la ya dicha síntesis del ansia, una nueva expresión conceptual que podemos acuñar a través de este poemario de Maccanti.

El ansia maccantiana la conforma, por tanto, esa trama urdida por el devenir de los acontecimientos, el paso del tiempo, la propia aventura vital y la lejanía insular. En parte es nuestra ansia también, pero es fundamentalmente suya. Ansia de vivir y de morir, ansia de amor, de soledad y de compañía (aunque "no desear ya más cuerpos mudables,/palabras lisonjeras, alegrías ganadas/al precio de la cima de la dicha...") rememoranza de los días felices, luminosos y dorados de la juventud por las orillas de la playa, evocación del amor maternal, la abuela hebrea, el solar italiano de su ascendencia, la Gran Guerra asoladora, la caída del Imperio Romano, etc., son todos ellos asuntos tocados con tacto suave, a veces susurrante y salmodioso, tierno siempre, a veces conmovedor, el drama tratado con suavidad y desenvoltura, casi con fatalismo: el estilo de Arturo Maccanti parece emanar desde la dulzura de la lengua portuguesa a la gesticulación del italiano, pero dichos con la cadencia del castellano que aquí hablamos. El resultado, a la luz de todo lo anterior, es una poesía de candor voluptuoso, casi una erótica de la nostalgia, una historia —personal y civil— del dolor, la ambición y el absurdo, un cancionero del ansia.

Muchas veces se ha dicho que una obra la define un solo poema, y si a mí me fuera dado hacer su antología, yo elegiría sin dudar el que lleva por título "*Coronación y exilio*", un poema definitorio y de permanente compañía.

ALFONSO O'SHANAHAN

EL ECO DE UN ECO DE UN ECO
DEL RESPLANDOR

(Obra poética)

"Alzamos unos ojos casi moribundos. Mendrugos,
panes, azotes, cólera, vida, muerte:
todo lo derramas como una compasión que nos dieras,
como una sombra que nos lanzaras, y entre los dientes nos brilla
un eco de un resplandor, el eco de un eco de un eco
del resplandor,
y comemos.
Comemos sombra, y devoramos el sueño o su sombra,
y callamos.
Y hasta admiramos: cantamos. El amor es su nombre."

Vicente ALEIXANDRE
"Historia del corazón"

"Essere folli per essere chiari."

P. P. PASOLINI
"Las cenizas de Gramsci"

SAN BORONDÓN
(1958)

POEMAS PARA UN NIÑO QUE MURIÓ EN NOVIEMBRE

*(Elegía a mi niñez: aquel tiempo risueño,
con libros, trompos y juegos por las calles, y al paseo
marítimo —rojo y blanco— por donde anduve
tantas veces mañana, tarde y noche, bajo muchos cielos.
A aquel niño que fui y que murió al pasar los alegres umbrales
de la infancia para siempre...).*

I

¿CONOCES el país donde reía
una fábula pura como nieve?
¿Y el territorio aquel donde fue breve
la clara dimensión de la alegría?

Yo recuerdo la simple geometría
de un suelo rojiblanco, pero aleve,
y un círculo de voces todo leve
que de lunes a sábado se oía.

Y recuerdo un pupitre y unas tizas,
y pizarras y —ocultos— las cenizas
del primer cigarrillo voluntario.

Recuerdo la mirada adolescente
de aquel niño abstraído y solitario,
que se murió un noviembre tristemente...

II

ESTE mes de noviembre gris me sabe
un poco a mi existencia pasajera,
a recuerdo oloroso, a voz ligera,
a soledad, a lluvia, a vuelo de ave.

Tiene sabor a escuela, al niño grave
y eternamente triste que yo era.
Tiene sabor a libro, a tarde entera
de domingo infantil húmedo y suave.

Noviembre, donde el alma todavía
está buscando al niño que reía
y miraba llover tras la ventana.

Niño que fui una vez y que se ha ido
para no volver más, una mañana
de noviembre como ésta hacia el olvido...

III

NOVIEMBRE no es un mes, es una vida
con olor de tristeza y de camino.
Noviembre tiene nombre de destino
y con lluvia y silencio se apellida.

Noviembre que recuerda mi memoria
por unos pies ligeros en los charcos,
y un niño pensativo echando barcos
en los cauces del agua transitoria.

Noviembre irremediable de la pena.
Olas que van y vienen a la arena,
y niñez con los libros en la mano,

y recuerdos de un mar y una avenida,
por donde fue mi infancia sin verano
a este noviembre triste de mi vida.

IV

MI infancia —que noviembre configura—
tuvo el juguete roto de mi risa,
un barro cotidiano en la camisa
y flotando en los ojos la amargura.

Mi infancia fue el país de la sonrisa,
con trompos en la tarde dulce y pura,
y una cometa verde que en la altura
era un sueño feliz lleno de prisa.

Tuvo un niño perdido y encontrado,
y un noviembre lentísimo y mojado,
que de todos los meses fue el más triste.

Un niño como yo llamado Arturo...
—¡Oh, niño del recuerdo, que te fuiste
entre juegos y nubes al futuro!—

V

HOY te vengo a llorar, niño que he sido
y que ya no seré. Traigo la pena
más profunda del Hombre: la serena
tristeza de vivir hacia un olvido.

Está la Vida en flor. Cuanto he vivido
el mar se lo llevó como la arena.
Fuimos sólo eslabón de una cadena,
que Dios por un instante ha interrumpido.

Tu tumba no está aquí, sobre la Tierra.
¡Está en mi corazón! En él se encierra
tu cadáver de niño tan hermoso.

Y a través de mi vida puedo verte,
dentro de mí —incorrupto y silencioso—
con el sereno amor que da la muerte...

MOMENTO

LA lluvia se fue lejos.
(Aros, niños, la plaza...).
Los árboles desnudos
en los charcos de agua,
y un aire que me trae
un aroma de infancia.

Esta tarde quisiera
ser una cosa blanca.

Algo que se quedase
aquí, cuando me vaya,
como un juego de niños
bajo las nubes claras.

Mi vocación ha sido
ser aro, niño, plaza...

POEMA ANTE LOS OJOS DE UNA MUCHACHA

CALLADA tú, soñando en los trigales
que ya inclinan la espiga contra el suelo,
con los ojos perdidos en el vuelo
de unas blancas palomas... ¿Qué ideales

ensoñaciones tienes que no entiendo
por más que te descifro? ¡Dime, mira!
¿Qué duda te enmudece o te retira
del calor de mis ojos? ¿No estás viendo

que este mar que me sale por la boca
tiene su playa en ti, aunque no toca
ni un grano de tu arena iluminada?

¡Mujer, ya cada tarde te imagino
—soñando en los trigales, tú callada—
al borde de aquel plácido camino!

SONETO

¡ERA fácil amar! La tarde umbría
se fue muriendo lenta, lentamente;
quedó todo en suspenso suavemente:
el pájaro, el desmayo, la alegría...

¡Qué fácil era amar! ¡Cómo sería
si Dios en cada cosa era presente!
Dios en tu corazón, Dios en tu frente,
y Dios también en la palabra mía.

¡Era fácil amar! Aquella tarde
amordacé el deseo en un alarde
y vi mi entera voluntad de hombre

desfallecida entre las manos, cuando
mi torpe boca pronunció, temblando,
¡aquel milagro puro de tu nombre!

A TUS MANOS

TU mano es una nave de promesa,
donde la nieve pura se deshoja,
con un caer lentísimo de hoja
del árbol de tu cuerpo, porque pesa.

Tiene tu mano sonreír de fresa
si por el aire va, cuando se aloja
en los pliegues aéreos, si se moja,
sabe tu mano a mar que llora y cesa.

Suspendida al amor que se avecina,
tu tenue blanca mano descamina
todo lo que en el viento se te enreda,

y más que mano tuya, es ave en vuelo
erguida y suplicante, cuando queda
tu mano pentapétala hacia el cielo...

POEMAS
(1959)

Cantad alto. Oiréis que oyen otros oídos.

RAFAEL ALBERTI

CIELO FINAL

Tengo miedo, Señor, porque he bebido
de las heces del vino más amargo.
Miedo al barro fatal que sufro y cargo
desde la hora aquella en que he nacido.

Tengo miedo, Señor, cuando te pido,
si tú no me respondes al encargo.
Tengo miedo a vivir, porque es tan largo,
y a morir, porque entonces seré olvido.

Miedo de alzarme un día y ver que todo
—labios, flores, ensueños...— se fue al lodo
y que la vida sigue y yo estoy muerto.

Miedo a tu voz final, tu voz temida,
cuando yo te pregunte si era cierto
lo que soñé y creí toda la vida...

ORACIÓN POR LA ROSA

A Margara Bosch

Sombra de Dios, oh rosa, tú encendida
en el convento azul de la mañana,
estabas hecha para el sol, hermana,
no para ser cortada y desasida.

Estabas hecha, oh rosa leve y grana,
para ascender, para aromar la vida.
¿Quién cercenó tu rama verdecida,
rosa, hermosura mística y lejana?

Sombra de Dios, belleza verdadera,
en un vaso olvidada y prisionera,
te vas muriendo mansa, lentamente;

y lenta y mansamente y olorosa,
te doblarás un día mortalmente,
víctima, al fin, de mi egoísmo, oh rosa...

EN QUE EL POETA RECUERDA

Como quien gira en torno de una noria,
me pongo a darle vueltas a la vida,
pero el olvido todo me lo olvida
y ya recuerdo mal aquella historia.

Historia de una luna migratoria
con la alondra del alma estremecida
y el eco de una voz casi perdida
en el blanco país de la memoria.

Y recordando dejo tristemente
al niño corazón entre tus brazos
y así no vea alborear el día

de saber que la vida es solamente
pedazos de recuerdos y pedazos
de sueños y pedazos de alegría...

EL CORAZÓN EN EL TIEMPO
(1963)

SOBRE SU GRUPA NEGRA SE LA LLEVA

AUNQUE la tarde caiga o aunque llueva
sobre la noche el alma estremecida,
aunque llegue la luz amanecida
y se enrojezca el sol cuando se eleva,

caballo del dolor, el tiempo abreva
en los veneros de mi sangre ardida,
y —corazón de hierba, agua de vida—
sobre su grupa negra se la lleva.

...y se la lleva, Dios, de mi persona
este potro del tiempo, y me corona
de espinosos y lívidos tormentos;

y me agranda la herida con su lanza,
y me acorta el vivir a sorbos lentos
y me mata en los ojos la esperanza.

TEMBLANDO ENTRE MI SANGRE

TODO fue necesario. Estoy de acuerdo
en vivir y morir. Nada se vuelve
atrás, nada se vuelve, ni nosotros;
y me queda tan poco de aquel tiempo,
tanto cavó el olvido en la memoria,
que apenas unas tardes amarillas,
ciertas piedras oscuras, mi tristeza,
el desvaído azul de un sueño niño,
he podido salvar de mi pasado.
Rostros que me borraron de los ojos
los lentos y sombríos pleamares,
y algunos pormenores de septiembre
junto con otras nubes que no digo,
por no tocar la herida todavía
viva de aquella edad maravillosa.
Edad en que lo mismo fue nacer
y ver el mar allí como esperando
el borbotón de vida que era uno
sobre la arena intacta de la orilla.
Por eso, si me pongo o recordarme,
oigo llorar a un niño silencioso
y un vuelo de gaviotas mañaneras,
cuando niño y gaviotas asistieron
al milagro inefable de la luz.

Y comprendo que nada ocurrió en vano
si un ala del recuerdo se me entra
de rondón en la vida alguna vez
por los callados túneles del alma
levantando un rumor de soledad,
hojas caídas, penas, días felices,
para marcharse luego como vino...
Por eso, si me pongo a recordarme,
oigo un lejano temporal de rosas
asolando los huertos de mi infancia.
Y aunque llore por todo lo que ha muerto,
comprendo que también fue necesario
que todo se perdiese, para un día
—distante de aquel tiempo irrepetible—
recogerlo temblando entre mi sangre.

EL TIEMPO Y UNA CIUDAD

TANTOS días pasando por aquí.
Triste o alegre, con la vida
pasando por aquí, o con la costumbre
de la vida —es igual— pero pasando
siempre por esta calle y esta plaza
con árboles; y siempre el oro viejo
del otoño dorándome la pena,
y siempre yo pasando,
pasando y despidiéndome de todos,
aunque nadie perciba en el adiós
que me voy alejando con la vida.

Tantos días pasando por aquí.
Tantos días, y un día sin quererlo,
al doblar una esquina, al ver al pobre
en su sitio de siempre, al cielo igual
con sus nubes dispersas me descubro
de pronto el alma envejecida o un hilo
de purísima plata.

Tantos días pasando por aquí.
Pasando a diluirme sin ruidos
en el ruidoso río de la vida,
que prolonga la lluvia cuando cae
de las oscuras gárgolas sin tiempo,
y yo pasando siempre,

pasando lentamente
o con prisa —es igual— no sé a qué parte,
si ya todo mi mundo es un pañuelo,
si ya le eché la llave al horizonte,
si ya puse mi sueño a ras de tierra
por donde voy pasando con la vida
o su mansa costumbre.

Tantos años pasando por aquí.
De pronto, sí, los años, y el adiós
que hasta ayer fue esperanza,
santo y seña del hombre,
se me muestra al decirlo con un sabor amargo
de desnuda palabra,
de trágica verdad.

Tantos años pasando por aquí.

Los árboles y el viento.
La tarde con campanas.
El amor encontrado, los rumores
de la marea humana y entrañable,
por donde, alegre o triste, estuve yo
tantos días pasando,
viviendo tantos años
—es igual—, y muriendo...

DIECISIETE AÑOS

*Desperté de ser niño:
nunca despiertes.*

M. H.

A la ventana te asomaste
cuando el ocaso era de oro.
La eternidad sobre tu frente
no fue más grande que el otoño.
Pero a la vida te asomaste
y ya tu patria es el asombro...

"Estoy viviendo...", dices.

(Vivir:

beber la niebla sorbo a sorbo,
ingurgitar lo que nos venga
sin distinguir amor u odio).

"La vida", dices.

No lo sabes,
pero has hablado de un mar rojo.
"Vivo, repites, estoy vivo".
Qué sabes tú de lo remoto.
Qué sabes tú sino palabras,
ropajes tristes de algo incógnito,
con que vestimos nuestra ansia
sobre esta roca de abandono.

"Vivir", "La vida", "Estoy viviendo"...
Estás al borde de un gran pozo,
de un no sé qué que nos deslumbra
con su fulgor los niños ojos.

Entre la sombra te has sentado
con la esperanza.

Pero en el fondo
de tu ser agitó el alma
como un temor hiriente y sordo.

Cuando nombramos la alegría,
cuando reímos, queremos sólo
velar la angustia de sabernos
con la muerte sobre los hombros.

Bajo los soles ve soñando
tu sueño tan maravilloso.

No quieras, tras la superficie,
ver lo que bulle en lo más hondo
de las palabras y las cosas...
Por esto y esto y esto otro,
no te despiertes, nunca sepas
del despertar como nosotros,
como nosotros que cantábamos
y nos hallamos a Dios de pronto.

El que se encuentra a Dios un día
regresa siempre melancólico,
dormido queda entre las garras
de lo fatal y de lo hermoso.

EL CEMENTERIO EN LA COLINA

(Gino)

ENTRE el rumor del viento de la tarde,
la acongojada paz de los cipreses,
vamos cayendo ametrallados, solos,
junto a los paredones de noviembre.

Y en los suaves ponientes del otoño
la triste espalda de la tierra tiene
muertos que son como amapolas, muertos
crecidos para el llanto y para siempre.

Muertos para colmar no sé qué hambres
infinitas de Dios, pan inocente
cocido en el silencio y en la sombra
por el oscuro fuego de la muerte.

Muertos que Dios ahoga entre sus manos,
o que cuelga en los árboles celestes
de sus selvas lejanas, donde brilla
su luna azul violentamente.

O amordazados por el miedo y tristes
por tanta aurora que no viene,
ellos sin alba, en el crepúsculo,
martilleando Dios sus sienes.

Y un tiempo fuisteis —somos— vides
sobre una tierra transparente,
pero hoy ya sois el turbio mosto
que Dios se bebe sombríamente.

El vino espeso que se filtra,
la roja sangre que se pierde,
la viva luz que un manotazo
brutal apaga de repente.

Oh, cementerio en la colina, vamos
—qué poco el mar para calmar la fiebre
de la vida— muriendo deslumbrados
con la terrible luz de Dios enfrente.

MAR MUERTO

SANGRE mía feliz, río infinito
del subterráneo cauce de mi pena,
holladora que agitas la serena
paz de mi vida con tu rojo grito:

¡arde, circula, quémate en la vena,
pon señales de fuego, deja un hito
de clamorosa lava en el granito
de mi silente corazón de arena!

Porque acaso mañana sea muy tarde,
sangre mía feliz, circula, arde
y desbórdate en viva llamarada,

antes de ser mañana ese mar muerto
que el tiempo volcará sobre el desierto
alucinado y turbio de la nada...

EN EL TIEMPO QUE FALTA
DE AQUÍ AL DÍA
(1967)

*—Duerme tú, Sancho —respondió Don Quijote—,
que tú naciste para dormir; que yo, que nací para
velar, en el tiempo que falta de aquí al día, daré
rienda a mis pensamientos...*

CERVANTES: *Don Quijote*, cap. LXVIII

...tristeza que es amor...

A. MACHADO

EL PASAJERO

HERMANO del crepúsculo,
del esplendor del día
sólo alcanzo la luz agonizante,
el sol ya moribundo.

Yo soy el que se va,
el que vino marchándose.
Meteoro instantáneo
que cruza el mundo perdurable.

DE LA MEMORIA

BASTARÍA el olvido,
o un poco de su ácido
derramado en la lámina
de la memoria...

Y todo
el ayer heridor
con su alto voltaje de tristezas
y días sin retorno,
desaparecería para siempre
de mi vida, dejándome
puro otra vez, desnudo,
ligero, ya feliz.

Le cobraría confianza
a este hombre que soy, y pisaría
con pie firme el mañana, los caminos
que todavía me queden por andar.

Yo sé que bastaría
el olvido.

O morir.

EL VIAJE

CUANDO vuelvan las aguas del otoño
con su claro lenguaje, cuando vuelvan
las brumas a pisar por los barrancos
las amapolas del verano, y crezcan
como entonces las pitas del camino,
los cardos como labios de Dios,
y apenas tenga
aquel rosal que tanto amamos rosas,
tener que abandonar la limpia orilla,
la isla donde un día Juventud
se abrió a la vida para siempre.

Cuando vuelva el otoño y cuando pase,
y pase y nunca más hacia el olvido,
y estemos en la orilla con pañuelos
y haya gaviotas lentas y veleros
allá en el horizonte, y nos veamos
a bordo de la mano de Dios, no venga el llanto
de morir sin quererlo, cuando vuelvan
con su claro lenguaje las aguas del otoño.

DE CÁRCELES OSCURAS

SOLITARIO está el mundo.

De soledad morimos
asomados a un muro con la mirada turbia
de sueños imposibles que nos colman el alma,
donde Tú pones toda tu semilla en su hondura.

Ya desnudo me tienes, como Tú me querías.
Perdóname este cuerpo, erizado de púas.
Me lo entregaste limpio, y yo te lo devuelvo
con estas cicatrices que me dejó la angustia.

Me miras a los ojos y es triste este momento,
porque traigo las manos vacías de ternuras.
Sólo pobres harapos quedan de tanta gloria,
huellas de lo que fue mi terrenal ventura.

Me llena de vergüenza estar bajo la luz
de tus ojos inmóviles que sin piedad me juzgan.
No estoy acostumbrado a ver tu resplandor:
vengo de un territorio de cárceles oscuras...

ATARDECER POR SANTA CATALINA

TODO quede guardado
en la memoria.

Sueños,
silencios, paroxismos,
odios y soledades.

Todo en ella a la espera,
mientras yo siga aquí
viviendo.

"Ya vendrá
tu día".

Entre cipreses
alguno me lo dice por detrás de esas tapias...

ARÁNDONOS

LOS cipreses, ¿qué buscan en el cielo?
En la paz de la tarde de este día,
es un negro ciprés la sangre mía
subiendo las orillas de mi duelo.

Cuantas veces perdimos la alegría,
fue por buscarte, Dios de mi desvelo;
Dios que nos diste alas para el vuelo
y nos derrumbas en la noche fría.

Igual que los cipreses, por lo oscuro
ascendemos a Ti, desde este duro,
trágico mundo donde nos pusiste

a los cipreses y a los hombres, para
crecernos el dolor, en esta triste
vida que nadie como Tú nos ara.

TORVO ANIMAL

LLAMARÁN a mi puerta
los días enemigos.

Desde el fondo del tiempo
una garra purísima
me arrancará del corazón lo niño,
maravilloso mundo que he guardado
para esos días crueles.

Bajará por mi calle
torvo animal mugiendo ese dolor,
pisoteando el triste paraíso
de la vida...

Oh ven, ven tú,
suave recuerdo, madre tan lejana,
arrópame en tus brazos,
dame aquella fugaz palabra tuya
con que un día en mi frente
se me hicieron palomas tantos sueños,
antes de que sea tarde, antes que vengan
tenebrosos los días de las lágrimas,
y salten esa tapia frente a casa,
marchitando la roja enredadera,
los días enemigos, el futuro
que me tiene cercadas la sangre y la alegría.

A LA LUZ DE ESTE DÍA

TENDRÉ una vez mi tallo prisionero
y enmudecido eternamente el canto,
y seco el corazón que amaba tanto
deshilará su sueño verdadero.

Y, a pesar de ser triste lo que espero,
a la luz de este día me levanto,
y recojo el amor, un cielo, cuanto
de hermoso existe para el alma. Pero

es terrible tener un breve día,
apenas unas horas de alegría,
este mísero instante cotidiano.

Sólo una vez tenemos los racimos
de la vida al alcance de la mano.
Sólo una vez vivimos y morimos.

EN LA LUZ

TODO lo que pudo ser,
y no fue posible nada.

El corazón en la luz;
y la luz en la mañana;
en su claridad perenne
el vivo cristal del agua;
en el agua la alegría
serena de lo que pasa,
poco a poco, sueño a sueño,
hacia otro mar de esperanza.

¡El corazón en la luz...!

Todo lo que pudo ser.

LA SANGRE SOLA

CADA mañana el mar nace de nuevo,
joven y azul, como hace veinte años,
aunque los días lleguen y se vayan,
y aunque mi corazón no lo desee.

Pero la sangre sola siempre aguarda,
tras la ruina y la cólera del tiempo,
aquella infancia junto al mar,
aquel rincón del gozo y la alegría
que lloramos los hombres...

DE SUS CIELOS NATIVOS

*Tierras de Gran Canaria, sin colores,
secas, en mi niñez tan luminosas.*

ALONSO QUESADA

VOLVERÉ a ti, isla mía,
redonda madre tierra.

El corazón, como un viejo exiliado
que se marchó a la fuerza
de sus cielos nativos,
con ademán nervioso prepara el equipaje.

Lejos de ti no hice
mucho fortuna, ¿sabes?,
pero a cambio del oro
traigo plata en mi pelo,
y estos hijos, que crecen
en torno a mí, que todavía soy niño.

Como un niño quisiera
regresar, isla mía,
paraíso perdido.
Saltar del mar paterno,
a la materna tierra.

Ya no me queda mucha
inocencia en los ojos.
Después de tantos golpes,
es todavía un milagro
que se conserve intacta
mi antigua inclinación para el asombro.

Amargo ha sido el tiempo
fuera de la niñez, y ahora,
a medida que el tiempo va pasando
y envejezco detrás de la ventana,
descubro que la vida
sin tu amor fue destierro,
hoy que vengo buscando la alegría
que perdí en tus amadas orillas luminosas...

*(Bjelo Pölje, Montenegro, 1941.
Marti, Italia, 1964.)*

PÓVERO Gino, al fin,
has cruzado el Adriático y has vuelto
a nuestra pobre tierra...

Muchos años se fueron,
muchos años se han ido
en súplicas y lágrimas,
pero ni el desaliento
ni el olvido pudieron
acallar el inmenso deseo de traerte
junto a tantas reliquias veneradas,
cenizas de mi raza bajo la paz del viento.

Ahora duerme tu sueño
largamente, hasta el fondo
de la muerte infinita.

ESTAMPA ANTIGUA

BELLAS son las palabras
y la música es triste.

Brahms tiene el alma pura
de los niños.

Antonio
Machado es un ciprés.

Y por la calle
desierta donde quemo
mis sueños,
pasa a caballo Otoño,
limosnero de brumas,
gran señor de las hojas...

DEL DESTINO

ME acerco al mar esta tarde de otoño.
Vuelan unas palomas salvajes en la orilla.
Por el acantilado
trepa el sol del crepúsculo.

¿Es el mar el que cambia
o soy yo, que lo veo a la variable
luz de mis treinta años?

¿Eres tú? ¿Soy el mismo?

Si no somos aquéllos
—mar de la infancia, niño marinero—,
¿dónde estamos, oh mar, dónde nos fuimos,
que ninguno ha notado nuestra ausencia?

Frente al mar se hace claro mi destino de hombre.

CARTA

SANGABRIEL de mis pasos,
padre mío, mi amigo,
bajo no sé qué cielos
ya tus ojos ahora
miran el mundo impávidos.

Pasaste el tiempo de la acción y llegas
a esas orillas del reposo
como la nave que cruzó los mares,
y se cansó de tantos derroteros,
viejo titán que hoy la vida me trae
ya humanizado a mis altares.

Si tocaran mis manos tu corazón ahora,
cierto que encontrarían la ternura de siempre,
que no pudo manchar mi ingratitud,
ni mi ciego egoísmo, padre mío.

Otros dioses que tuve se me han muerto,
pero tú sobrevives, dios de mi adolescencia,
porque el viento no pudo talarte de mi bosque
y hay raíces que crecen más allá de la sangre.

Sé bien que hacia el crepúsculo,
a esa hora en que todas las derrotas se agolpan
sobre tu corazón maravilloso,
entre palomas grises, miras el horizonte,

y en silencio me esperas
con una voluntad que no vencen los días;
y sé que cada tarde
regresas hasta el fondo de tu tristeza y lloras
abrazado al vacío de mis hombros ausentes,
tembloroso de años que están doliendo ya.

Hoy nos separan tierras y mares, hoy
que cada uno en su isla llama al otro y no escucha
más que el leve romperse de las olas,
y el mundo como nunca se ha vuelto solitario
y feroz con nosotros,
necesito decirte que es inútil
que aguardes mi regreso,
porque no volveré.

No está en mi mano detener el tiempo.

El sol resbala sobre el mar y pinta
de oro marino el pinar de la orilla;
canta la alondra que agoniza el día;
y entre el otoño, de isla en isla,
va tejiendo la tarde una niebla de muerte.

Padre mío, mi amigo,
no está en mi mano detener la vida,
todo lo más a llorar porque pasa,
porque suben los mares,
porque, a pesar de recordarte mucho
y sentir que está vivo tanto pasado mío,
no volveré...

Tenía trampa este juego: la vida que me diste.

No podré escapar nunca con vida de este juego.

EN LA PLAZA CON LLUVIA

TIERRA de nieblas por noviembre,
limoneros en flor, mosto en fermento,
soledades que van rodando al mar,
cuando la lluvia pone su paz sobre los árboles
de tu plaza en silencio,
es alegre mirar cómo los niños juegan
rompiendo espejos de agua,
con unos pies ligeros todo alas,
como fueron los míos perdidos para siempre
en la selva del mundo.

Y es alegre mirar desde la sangre,
que el tiempo me serena,
el coro renovado de estos niños
que me llenan el aire de recuerdos hermosos
y el corazón de cánticos lejanos...

ESCRITO PARA MÚSICA

EL mar
se va como la vida.

El mar como la vida,
como ella se va
y no vuelve más.

Este día es dichoso.

Lanzo al viento el cantar,
a ver si se me enreda
en Dios.

Él tomará
mi canción en sus manos,
y dirá
si me voy
ya,
o si sigo
sentado frente al mar,
mirando que se va como mi vida,
y que no vuelve más,
y que no vuelve más,
no vuelve más.

EL DESPIERTO

MUEREN las tardes.

Mueren

noches y días.

Crecen,
oh pujanza sin límites, mis hijos
en huesos y en saber.

Atrás
me van dejando, van creciendo,
poblando mi tristeza
de amapolas alegres,
como ocurre en el trigo.

Sigue la vida y es inútil
regresar, si nos fuera
posible regresar.

Ahora que es medianoche,
y estoy en medio de la vida,
oigo
su dormir placentero,
ramas más que tienen
vida propia, distinta, inenarrable.

El alma de la casa
tiene ligeras alas
y se posa en los ojos
de mis hijos dormidos.

Ando como un sonámbulo.

Enciendo un cigarrillo.

Escribo versos para qué.
Siempre yo con mis viejas,
inútiles costumbres.

Muchas horas en vela
me han puesto por los ojos
un halo de cansancio,
y comprendo que ya
no soy aquél de entonces,
con diecisiete años
y un montón de ideales.

Soy simplemente un hombre
despierto por su casa,
que no concilia el sueño
mientras los hijos duermen,
soñando en Blanca Nieves
y en los Siete Enanitos;
mientras ella, la dulce
novia de un tiempo viejo,
la amada de mis versos,
mi Beatriz, mi Ofelia,
mi Laura, mi amor único,
duerme hundida en un sueño
tal vez maravilloso,
un sueño en el que acaso
no soy protagonista...

Mueren los días.

Mueren

las noches.

Va muriendo
lo que fue dulce al corazón,
dejando paso
a la enemiga realidad.

¡Cómo a veces estamos
solos en nuestro amor,
en la negra, alta noche
del vivir!

¡Y cómo pesa
ser hombre y descubrirlo!

DESDE EL FONDO

¿DÓNDE está nuestro amor, aquel gran trueno
que nos colmó de músicas la vida...?

A ORILLA DE LOS MARES

TRISTE y hermoso fue mi amor primero,
como nacido a orilla de los mares.
Aquel amor de sueños estelares
cruzó mi corazón como un velero.

Hoy ya son otros nuevos pleamares
y otro para la vida el derrotero,
lejano amor perdido y marinero,
y otras mis alegrías, mis pesares.

Pero con todo el tiempo del olvido,
regreso a las arenas y me hundo
en tu claro recuerdo florecido,

hermoso y triste amor, muchacha ida
por los caminos ásperos del mundo
con los primeros sueños de mi vida.

CUARTO OSCURO

NO siempre fue dichosa la niñez.

Muchas veces
su conducta inconsciente
fue castigada con el cuarto oscuro
de la escuela.

Yo entraba
aferrado a los otros, temeroso
de perder su contacto,
sus palabras, que eran lo mismo que la luz
y que medían el tiempo del castigo.

Pero con todo, y aunque
era fácil perderme y terrible estar solo,
pronto hallaba a qué asirme:
estaban las paredes tan reales,
la puerta de aquel cuarto
era, por fin, certeza de un futuro;
que detrás del tabique y la madera
y los altos postigos,
me esperaban los días y las noches,
como siempre, Dios mío, como siempre...

Pero quienes me amaban
no me engañaron.

Sólo
fueron acostumbrándome,
haciéndome a la idea
del otro verdadero cuarto oscuro
del mundo, de la vida,
donde sí que estoy solo,
bien abiertos los ojos
y extendidos los brazos,
buscando dónde asirme,
porque es otra la nueva certidumbre
que me aguarda,
para siempre, Dios mío, para siempre...

HACIA EL INVIERNO FRÍO

En memoria de J. T. (1922-1965)

HACIA el invierno frío vuelan las hojas del verano.
¿Marchan tras el recuerdo de los amigos muertos?
No es alegre su música cruzando los parques solitarios,
bancos donde la hiedra cubre un tiempo dorado,
un mar alto de soles que marchita la tarde...

Donde estés, alza un brazo y alcánzame la luna.
Deja en ella otro verso escrito con tu sangre.
Devorarán mis ojos tus poemas.

Abre la tierra amarga una boca con hambre.
Pan tú, amigo mío, para siempre hombre solo.
De tu luz no me queda más que un hilo muy débil:
dame por él tu voz de soledad.

Hacia el invierno frío rueda entera la vida.
Ya tú estás en lo claro.

Ciegos aquí seguimos.

El viento, el manso olvido borrarán nuestros nombres.

Que tan bella aventura nos sirva para algo...

RÉQUIEM CON ROSAS

Para A. A., que se fue

DE alba quisiera tener
las manos, amigo, para sacarte de ahí.

Del hoyo donde te han puesto los hombres
para dormir
el sueño más largo y hondo
"que es el morir".

La tierra, bajo el otoño,
se ha vuelto gris,
oscuro el cielo con nubes.

Aún me queda el añil
del mar para saturarme
de alegría.

Pero a ti
pesado mármol te roba
la luz que brilla en las rosas que se abren en abril.

Amigo,
¿Qué es el morir?

...Y mientras el viento pasa agitando la arboleda de la tarde
sin fin.

NIÑO HACIA EL MAR

(Elegía de 1960)

PALABRAS y palabras. Era —y era
inútil aquel llanto— todo en vano.
De la mano de Dios va nuestra mano
y la mano de Dios nos asendera.

Hoy tiene el campo, niño castellano,
un nuevo surco y otra sementera,
y el Tormes, que soñaba en la ribera,
sigue llorando para el mar lejano.

Volverán como antaño los gorriones,
y de nuevo el arado y las canciones
y el alegre verdor por el otero.

Y como tú te fuiste, yertos, fríos,
nos iremos también al mar postrero,
de la mano de Dios, como los ríos...

DE UNA FIESTA OSCURA
(1977)

A MÍ MISMO

Muerto el ayer, mas vivo para siempre
en la memoria, ya en el fiel
de la balanza,
te acercas al espejo, acicalado,
para enfrentarte con el resto del tiempo,
pobre actor secundario
de un drama incomprensible.

Ves los surcos
sobre la frente lívida y te dices
palabras de piedad, bellas frases de lástima,
por las pocas virtudes
y los muchos defectos que te dieron adorno.

Pese a toda
la cólera del mundo,
los años negros, los instantes claros,
el amor y otras sombras,
con ingenuo ardimiento
vas a buscar sobre el cristal ambiguo
la lúcida señal que haga posible
desvelar el misterio de cuanto te ocurrió.

Mas, detrás del azogue,
se desvanece el rostro juvenil
mar adentro en la tarde,
trayéndote ese otro que hoy te asusta
en la quieta penumbra,
sentado y solo al borde de la cama,
con un sordo rencor hacia la vida...

DÉCIMA DEL SER

Otro día sin progreso
de luz.

Y la sombra insiste.

Existencia, tú me diste
daño y vigor con exceso.

Sólo existir es mi peso.

La fiera pasta alegría
y ve progresar su día
en sus jardines de pluma.

Mientras yo devoro espuma
en la sábana sombría...

EN LA ALTA MAREA DE LA TARDE

Ciega la luz.

Recuerdas una aurora
cerca del río aquel que conocimos
de otra vida.

Sosiegate.

Estoy solo.
Siempre estuviste solo. Te lo dices.
Hasta el hastío me lo digo.

Mientras,
terco un ácido roe. Digo: es el tiempo.

Y, acaso con la prisa de vivir,
hemos dejado pájaros piando
al borde de los bosques, y ahora piden,
en la alta marea de la tarde,
miga de nuestros sueños.

Y te queman, me queman, los días de la vida
bajo los pies, pero la muerte,
blanca yegua extenuante,
sólo hallará cortezas, te lo juro.

Una vez más resiste
amarrado a esta roca,
entre el turbio oleaje
del mar que nos asola,
hurgando el corazón por si nos quedan
certidumbres aún a ti y a mí,
prometeos sin culpa, pero víctimas...

AHORA MISMO

Más allá del cristal
el paisaje es un óleo:

densos azules de Van Gogh,
celestes de Fra Angélico,
verdes quietos, palomas, humaredas,
hondo el barranco con lagartos...

(Canta Ray Charles
"Yesterday", "Ol' man river", "Georgia
on my mind".)

Y yo podría morir mañana,
ahora mismo tal vez...

LA ESTACIÓN FLORIDA

"Era del año la estación florida..."

L. DE GÓNGORA

No amé la sombra, pero fui hacia ella.

Cuanto amamos perdimos. Sólo el odio
hereda el hombre, y él le vence.

Lleva
equipaje sombrío, falaces espejismos
de la verdad.

No amé la sombra.

Aquí,
donde me veis ahora, rey de un mundo
soy que no quise y donde duermo
insatisfecho.

¿Quién
me liberará con su piedad?

Resbala
por mis ojos la sombra, este disgusto
de estar entre las cosas que no amé, espacios
sin sol, caudal marchito, pura inercia
de la muerte.

No amé, no amé la sombra,
pero aquí estoy precipitado en sábanas
de tierra para nunca y siempre.

Fue
un engañoso oasis del arenal vivir,
porque, con todo, fui burlado.
Ay, crédula,
crédula criatura que pensabas
que "era del año la estación florida"
lo que sólo fue sombra y humo sólo...

ESTE VACÍO QUE YACE JUNTO A MÍ

*"¿No es el recuerdo
la impotencia del deseo?"*

L. CERNUDA

Tu cuerpo como un fruto
quién me lo diera en esta
noche de otoño
en que la soledad llega a su límite
quemándome la vida...

Nunca toqué esa luz que da tu cuerpo,
y acaso así mejor ha sido,
porque el recuerdo de su gozo ilimitado
no tengo y es tan sólo el deseo
el que me asfixia en estas horas.

Mas, si no alcancé tu cuerpo,
¿puedo decir, de verdad, que he ganado
algo en la vida?
Lo que gané y perdí queda en el fiel,
sin gloria ni derrota,
neutro entre lo posible y lo imposible,
como un tesoro de dolencias
que legaré, después de mí, a la nada,

a este vacío que yace
junto a mí, sin tu cuerpo
rodante por el mundo,
mientras la sombra va venciéndome
con un puñal de sombra de sí misma,
hundida en esta carne que aún desea,
aunque no te recuerda
por no haberte alcanzado.

No otra libertad quisiera hoy
que navegar tu cuerpo y serle siervo
desde la luz vencida de la noche,
con sus trémulas músicas,
hasta el amanecer, ese terco peligro...

PASTO DE UN FUEGO

Nadie vuelva a cantar la belleza de Italia,
oh, Percy Bysshe Shelley.

Posa per sempre. Assai palpitasti.

El mar que hasta nosotros te devuelve
no perdona a los hombres,
aunque te llore Roma sobre el halda de Atenas,
y de las viejas islas esparcidas
en este mar doméstico se alcen
aves mediterráneas piando tristemente.

Olvida, olvida.

No esperaremos más a que lleguen los príncipes.
Alrededor del túmulo está el pueblo
puntual y silencioso,
y en la bóveda clara de la mañana el viento
venido de muy lejos barre limpios celajes
de este pesado agosto de Viareggio.

Olvida.

Patria ciega de nieblas,
Inglaterra demora tus laureles.
("¿No aprenden a nadar los alumnos de Eton?",
comentó, continuando su partida de cricket).

Olvida, Percy, olvida.

Ya estás cumplido para la gran sombra
de rosas inhallables.

Arropado
en el caliente aire de Toscana,
tu derramado corazón se entrega
a un oficio secreto.
Sobre la arena todo se consume,
y tú, pobre despojo mordido por los peces,
ya eres pasto de un fuego.

Amaro e noia la vita, altro mai nulla.

Ardes ya frente al mar, bajo el cielo italiano,
águila derribada, cerca de un bosque umbrío
de eucaliptos y pinos.

Olvida.

Sueña así para siempre.
Peri l'inganno estremo, oh, Percy Bysshe Shelley...

COLUMPIO SOLO

*(A mi hijo, 1964-1968.
Parque Municipal de Santa Cruz.
Anochece.)*

¿A quién meces, columpio solo? ¿Al viento
ruidoso y ciudadano?

Al pasar, te descubro en la tardía
luz del verano, como en sueños,
con tu vaivén donde un fantasma,
que golpea en el fondo de mi pecho,
todavía sonríe sin saber...

Cerca, un reloj de flores marca un tiempo
urbano, indiferente, entre risas de niños
áureos de sol atardecido, mientras
cruzo fugaz por la penumbra
de los árboles,
ya perseguido siempre
por mí, por el recuerdo
vagabundo de un sueño que fue vida.

Al pasar, se levanta la bandada
de palomas que vimos por costumbre
otros días con sol, bóvedas altas
sobre las que ha caído un mundo de silencio.

Aunque el amor no acabe,
aunque acabe el amor, columpio solo,
tú permanece fiel meciendo al aire,
meciendo al niño aquel que apenas pudo
llegar a ser mañana,
que se quedó en ayer,
y hoy cruza finalmente,
a pecho descubierto,
el vasto imperio de la sombra,
el hondísimo nihil...

ANTES DESPUÉS AHORA NUNCA SIEMPRE

(O. Paz)

*En memoria de M. Millares,
resplandor que se fue.*

Toda la luz de Cuenca se derrama
en el Júcar, Manuel.

Como este día,
soledades tendrá la noche fría,
memoria el corazón de lo que ama.

Nada me dio vestigios de alegría.
Pájaro soy cantando en esta rama
del árbol del vivir, leño en la llama
del aire solo y de la muerte mía.

¿Toqué la luz?

Me voy.

La piedra sabe.

La piedra supo aquí volverse ingrave
en el limpio equilibrio del vacío.

Cuenca es la luz fluyente hacia la vida
durable, y yo una sombra detenida
un instante en las márgenes de un río...

LA CAÍDA DEL IMPERIO ROMANO

(Madrid, 19...)

Tras la ventana crece el frío,
aire de todos, sortilegios
de la luz, enhebrándose
en los ojos, las ramas
desnudas, y se aferra
a un instante la vida,
pidiendo un día donde prolongarse,
desde donde saltar hacia el futuro
y no acabarse nunca, nunca.

Tras la ventana crece el frío,
se hace más alto el mundo,
y más allá, sobre los mares grises,
humea una patria de islas
que recuerdo y olvido.

Y yo caído en este lecho,
de la obra parte del cristal,
ya perdido en las sombras
conscientemente retenidas
de este cuarto, en silencio
asisto a la caída
del Imperio Romano,
fumo, releo un libro,
abro cartas antiguas,
rememoro a mis muertos...

LAS DÉCADAS

"...les portes lliures, els camins oberts".

Josep CARNER

Mal fin para aquel tiempo
de agravios, lentos sorbos
de ira y de injusticia,
uso doméstico, decreto
fosco gravitando hasta hoy
sobre la vida diaria, patria mía.

Mal fin
de ciénagas y arañas
al ácido caballo del ayer,
caravana de espectros,
alba arenosa en el cristal del iris
de tu madre mirada, con las huellas
de ángeles desterrados
de tus calles de lágrimas; mal fin
a la agonía, a los cuervos nocturnos
sangrándote la yugular ciclópea,
inhumándote aún viva y con mordaza
en los eriales del silencio,
y tu pueblo esparcido,
desnudo en otros suelos, patria mía.

Ah, recupera el tiempo,
la libertad y la alegría.
Entre todos tus hijos
lavaremos tu rostro térreo
y herido por la sombra de estos años.

Patria mía, buen fin...

1

AYER mismo las rosas de Ronsard temblaban en la mejilla amada y Beatriz de Portinari, cruzando los puentes de Florencia, recogía en su falda "toda la timidez de su mirada" cuando Alighieri, de mano de Virgilio, la contemplaba en éxtasis desde la orilla del Arno. Ayer mismo el ceremonioso castaño de los huertos vecinos, balanceaba sus estrellados frutos espinosos en el aire calmo de la tarde de otoño. En su tronco, pequeñas plantas parásitas sobrevivían por su savia, tabla ideal para el naufragio. Ahora Ronsard es un puñado de ceniza, no más que las mejillas que amó en el dorado aire de su siglo, y la impasible/imposible Beatriz y el doliente y apátrida Alighiero no colman con sus ruinas el volumen de una cereza o el exiguo recinto de un relicario. El verde castaño, pasan los días, se ha desnudado de improvisó.

2

ALGO socava, pertinaz, el móvil edificio que yo soy, la perfecta construcción del cuerpo humano donde reside el ser del ser y pienso que la imperfección de su perfección es que envejece y muere. Y la muerte no es bella. Belleza, si la hubo, la detentó la vida, ese cúmulo rojo de impaciencias. Envejecer: la única deshonestidad de la vida. Ahora mismo ya he muerto y digo que estoy vivo, mas ¿con respecto a qué? Eslabones de vidas y de muertes, yo soy el grande y asombrado espectador de mis propias continuidades y mis interrupciones, mis óbitos sin cantos, mis existencias interpoladas en el campo amarillo de la muerte. Muevo la mano o el ojo, sube un pálpito de sangre, y un instante después, la mano, el ojo y la sangre envejecieron, se fueron a morir, dejando restos de sí mismos, pero ya no ellos mismos, sólo sombras, difusas imágenes de algo que fue, por un momento, vivo. Las nuevas manos, los nuevos ojos, la sangre nueva otros son ya y se despiden para siempre de nosotros.

SOMOS una infinitud de cuerpos moribundos, una serie sin término aparente de cuerpos en un cuerpo. Múltiples y únicos, sucesivos y simultáneos. La apariencia es hermosa. Su música es hermosa. Entre los capiteles, los bajorrelieves y el mármol corroído, deambulo con una flor en la solapa y una fiebre por alcanzar la eternidad de la vida. Pero en el rostro se descubre la pálida decadencia, cierto desaliento por el frustrado deseo. Quedan atrás las venerables piedras, las mitologías que en vano me aseguraron una historia inacabable, quedan los yelmos, las calzadas lavadas por los milenios, el papel donde escribo casi sin darme cuenta la biografía de mis desesperanzas y mis dudas, datos que no recogerán los estudiosos, y quedan también atrás, como pequeños humos disipándose, todos los seres que ya he sido en el tiempo, el largo repertorio de hombres que fui, desde el niño deslumbrado y el adolescente con "manos tan llenas de deseos, vacías en el aire", hasta este hombre que apura la madurez incómoda como una copa de vino, sorbo a sorbo, temiendo que se agote y no haya más y nunca más. En tanto en el cielo del paladar de allá dentro, del fondo sin fondo de nuestra esencia se empieza a sentir "algo que es tierra en nuestra carne", la llamada última, sorda y verdadera que el hombre acaba por oír alguna vez, la voz del regreso, la reconducción al silencio.

4

ME agrupo con la muchedumbre que soy. Me dirijo palabras, me aliento. Mi gentío es un mar de cabezas de niños míos, es un ululante océano de jóvenes con mi nombre, una multitud de hombres arturos; andan los primeros descamisados y con palomas y madres entre las manos, cerca de un mar antiguo, sobre una playa tersa; los adolescentes, ensimismados en un estanque abierto entre las nubes; los últimos piden no sé qué claridades. Pero todos, sin excepción, tienen miedo a morir, y se acercan a mí y me abrazan pidiéndome más vida como si en mí estuviera darla, como si yo, representante de todos los que soy en uno sólo, no estuviese condenado también a pena capital, a dejarme mancillar por la vejez y por la muerte, a desaparecer con todos ellos, de un solo tajo, de un solo golpe último.

BELLEZA de los cuerpos vivos, al aire libre, en la llanura inmensa. Belleza de los cuerpos cuando, enlazados por la misma música, bajo la luz cambiante, polícroma de neón, buscan la superficie fresca de lo que es joven, negro cabello, hombros de diamante vivísimo, cintura que envidiara el Rey David. Hermosura de la existencia humana, no hay otra bajo la nube, sobre la nieve, no hay elasticidad comparable a la suya; todo lo que es flexible, pulcro, digno de amor, dador de dicha, entre el cielo y la tierra, por selvas, por montañas, en olvidados sitios o en las ciudades populosas, sólo es el cuerpo humano, duro esqueleto hermoso, nervios, músculos, cabellos, ojos, brazos, rodillas, sexo, pies, tobillos, hombros, pensamiento, sudor, llanto, alegría, canción, danza, fatiga, sueños, todo, todo.

6

BELLA máquina mía, mecanismo increíble, vas perdiendo el vigor, la energía se aleja cuando más alto te mirabas. No pediste venir y aquí te tengo, cada día más viejo y solitario, más resignado y triste, ante la voz remota que te llama.

PARAÍSO terrenal no hubo. No pueden coexistir la decadencia y el edén. Suprema fue la invención, mas la decrepitud es la ley única. Hostil el tiempo me destrona y en vida ya me exilia. Lentamente gastándome, haciéndome rodar vertiginoso por la pendiente de los años, hacia el desértico islote de la muerte. No puedes ayudarme. A cualquier hora del día o de la noche, imprevistamente, oiré la gran llamada desde el fondo de un bosque, tendré que cruzar a nado y solo, desnudo y viejo, el mar que me separa de esa orilla. Arco de sombra del misterio, yo soy la flecha del misterio.

CANTAR EN EL ANSIA (1982)

—Este, señor, va por canario, digo, por músico y cantor.

—Pues ¿cómo? —repitió Don Quijote—. ¿Por músicos y cantores van también a galeras?

—Sí, señor —respondió el galeote—; que no hay peor cosa que cantar en el ansia...

CERVANTES. *Don Quijote*, cap. XXII

HUMO

Me acoge un gran incendio.

Soy una lengua ígnea
que se nutre de escombros,
desechos, materiales
diversos del pasado.

Soy un fuego y asciendo
por el tubo del aire,
devoro el bosque, talo
la luz, la claridad.

Y en la llama me abraso
y me transformo en humo
de soledad...

HOMBRE QUE SE ALEJA CANTANDO

Para obtener demoras no sirvieron
sus lámparas votivas.

Recién llegado apenas,
comprobó en qué desorden
se le ofrecía vivir.

Va por la sombra,
ya natural, y canta:

—ahuyentando ese miedo,
amigo inseparable de sus días,
entre los sueños, en los ojos busca
recados de esperanza, al menos algo
con tacto de certeza, y sólo encuentra
escorias, limaduras de sí mismo.—

"Diminuto es el hombre, su contorno.
Zumba el viento dorado entre los árboles.
¡Qué amenaza la vida...!".

EL CARIZ DE LABERINTO DE LA VIDA

Con la caída de la luz, tú en pie.

Todo te dice ya
que en la llanura de la noche
se alzaré el páramo de la desolación
como heredad tangible.

A veces ciertos pájaros oscuros,
determinados óxidos, corrosiones sin nombre,
sobreviven a la milagrería de los sueños,
a la estructura de los sueños...

Labor de ruina hacen
en los cimientos de la luz.

Derrumban
tercamente la obra levantada
sobre la cresta en vilo de la sangre.

¿Cómo encontrar vestigios
en la piel, en los días
vividos para siempre?

Quien busque las señales de su lento trabajo
percibirá, a lo sumo, una leve tristeza,
la huella de un silencio,
el cariz de laberinto de la vida...

EXCEPTO ESA POSTURA DE SILENCIO

Echados en la tierra
imitamos morir.

Nos detuvimos en la tierra un día
como juguetes, rotos los resortes,
con nuestra carne de cartón raído,
en medio de las aguas de la noche,
y no nos reclamaron esas manos
artesanas, capaces de volvernos
al juego de vivir.

Todo lo mismo.

¿Nunca se llega al límite del alma,
al límite del sueño?

—Hierbas crecen cubriendo luces nuestras.
Gran confusión nos cerca casi al borde
de rebasar la soledad ya última—.

Bajo la lluvia
todo lo imita nuestra sangre viva,
excepto esa postura de silencio.

LLAGA DE LUZ

Pasa el sol por las piedras.
Lava la lluvia los caminos.
El mar hace más hondo su misterio en la noche.

Si volvemos los ojos a cuanto nos rodea,
vemos que está la soledad poblándonos la vida,
sus cielos, sus perdidos paraísos.

Y tendría que amanecer
no ya la luz que nos engaña cada día,
la luz de esta costumbre de contemplar el mundo,
sino la luz que por desgracia no amanece
más que en casos extremos:
la muerte, el nacimiento,
el infinito instante del amor.

La soledad es falta de esa luz,
la enorme ausencia padecida
sobre la carne viva del espíritu,
llaga de un hambre que nos va consumiendo,
soledad abolida por la única luz
ya sustancia celeste de los ángeles...

ARENA MOVEDIZA

¿Hay más allá de esta alambrada un mar?
¿Un río, acaso, de doradas márgenes?
Arena movediza, ¿en qué paso peligra
mi vivir? ¿A qué conciliación
me llamas tú, región salobre, huerto
de turbios frutos?

Por el aire
va la herida alegría, niña sola
llegando tarde a abril, a su cabaña
de fábulas.

Esta verja es su límite.
A mis espaldas queda un ancho ámbito
doloroso y sin música: es el mundo.
Allí la vida cae, pasa, se pierde
o crece ya bajo la piedra en líquenes
diminutos de sombra y duro olvido.

Con todo el tiempo que he vivido, llamo...
Entro y cruzo el jardín.
Algo tiembla esperándome...

(Lúcido estoy para el gran cataclismo.
No turbéis mi certeza.)

TENTATIVA DE SER

Crecimiento a la nada,
¿quién se vale de ti para enseñarme
tanta desolación?

Duermen los ángeles.

Ebrios de vida y júbilo despiertan
a la fría mañana, ya clavadas
las alas al dolor, a la madera
en que florece un nudo.

Última vida,
tentativa de ser más allá de los muros
solares, en la inmensa intemperie,
muchedumbre de ícaros los ángeles:

los hombres.

ESTE MUNDO DE MITOS

Cambian las nubes
de color y de sitio.
Esto es otoño, pero
no nos importe el signo.
Los pájaros lo saben
cruzando por el frío.
Lluviosa cae la tarde
ante mis ojos limpios.
Es sumario el balance:
he ganado, he perdido.

Se agotarán los días,
las nubes y los mirlos,
el monte verdinegro,
este mundo de mitos,
sobre el cristal del agua
el árbol pensativo,
el parque con la fuente
y alrededor los niños.

¿En la canción futura
persistirá el latido
de vida que yo ahora
tan hondamente vivo?

¿Otro mañana acaso,
con mi deseo en vilo,
contemplaré sin ansia
lo que con ansia hoy miro?

Pero ya todo inútil,
porque yo me habré ido;
nadie recordará
del corazón el grito
de amor por cuanto amé
sin importarme el signo...

EN EL ESPEJO

Todo es volver hacia nosotros mismos...

Te sorprendes un día en el espejo
diciéndote: "es temprano", "todavía
fluye la sangre", "por el llano vuelan
las palomas de siempre", y de ti se apodera
una vaga alegría de saberse
vivo de nuevo entre las cosas
familiares: la cama, los zapatos,
el libro de poemas, la llamada
paterna convocándote a la cena.

¿Se regresa algún día?

Se regresa algún día
a ese reino feliz, aunque el aire es distinto,
como será la luz que herirá tu mirada.

Transparente ya es el pasado y lo tienes.

Poseerlo es la única manera de regreso
a aquel ser que ya fuiste;
es el solo camino de volver a nosotros
recordándonos una y otra vez y otra vez...

CONTRA UN CERCO DE SOMBRA

Tenderte una mano, cuando sé
que resbalas por la rampa del tiempo,
por él asida, con tu vida cabal
que por instantes parece ser perenne
y es de agua y de humo,
o esperarte al final del túnel con los brazos
abiertos, en ellos recogiendo
la misma que tú eras, fija ya en el recuerdo,
inmutable tú allí, en tu imagen lozana
de los días vividos, ay, para siempre.

Ruedas, te vas rodando con la tarde.

También

caigo detrás de ti, en la misma armonía
envuelto, envejeciendo sin remedio,
arañando el espejo con la uña del alma,
para dejar en él tu nombre, nuestros signos,
la memoria amarilla del pasado,
de alguna fugaz, imaginaria alegría.

Pero aquí estoy invariable en la fe,
sostenido por ella, contra un cerco de sombra
adversaria, enemiga de muerte.

Por detrás de esa sombra espérame.

Recogeremos lo que no fuimos
en una copa de silencio...

LAS ALAS, LA ANARQUÍA

—Quitémonos las alas...

(Y el abismo sin fondo
y nosotros a punto de salvarlo).

LA POESÍA TIENE TREINTA AÑOS

Ayúdame a vivir, Poesía, ayúdame a morir, tú, la lejana
y sin mancha ante mis ojos.

La música
me golpea
sin descanso.

Permíteme creer

que ni todos los caminos se han terminado,
ni la esperanza, ese espejismo de nuestra vida,
fue inútil ni traidora para mi fe de hombre.
Pese a la incertidumbre,
convierte mi temor en sólido argumento para
sobreponerme a mí mismo, y dame, por la pasión que nos
hemos profesado durante treinta años, de la espada
la empuñadura, de la piedra la honda, para arrojarme
lejos, más allá del quebradizo horizonte, más allá del
cierto e incierto mañana, hasta alcanzar de tu mano
la cima de plenitud de la existencia.

Tú, la ausente
del mundo, la inalcanzable, la que sólo
se nombra con el corazón de la vida, con la lengua
diáfana del espíritu, mi desposada mística, tú me darás,
con tu milagrería verdadera,
el impulso hacia el prodigio de la luz que espero,
el pan de mi salud sin término,
mi salvoconducto de eternidad para cruzar la frontera
que separa
el territorio hostil de la vida
del territorio espejeante de la muerte...

NECRÓPOLIS DE AGUERE

1. Aniversario

A ti va esta mañana
mi corazón de alondras.

Pleno de luz te llega,
vencedor de las sombras,
el corazón:

ya espejo
donde tu imagen sola,
a orillas del silencio,
araña esta memoria
tristemente sombría
en el alba lluviosa...

2. Las criaturas

Apoyado en la verja, ya la tarde es ocaso.

Desde la hierba el viento te susurra la historia.

Es incierto el mañana, mas tú lo ves muy claro,
y en el ámbito extraño ríen las criaturas...

3. Hecho de hojas

Sé que es luchar contra la nada,
como arañar el liso acero,
o golpear todas las puertas
por si estuvieras allí dentro.

No podré hallarte nunca, y nunca
mi corazón tendrá ese cielo.
Son ascuas vivas las que piso
y si algo existe es mi tormento.

Y si algo existe es mi abandono,
la sangre muerta del deseo,
algunas veces la alegría,
y siempre, siempre el torvo miedo.

Y si algo existe es cuanto toco
bajo la luz o bajo el sueño,
mi amor humano hecho de hojas
que se ajarán en el silencio...

4. Vasto recinto

El aire es gris y enorme.

Veo morir el día
en el vasto recinto de túmulos y lápidas.

5. Jardín

Quédate en el jardín y juega mucho.
Estoy tranquilo porque no hay peligro
entre las viejas tapias y te guardan
con amor los cipreses...

Si anochece,
si se hace de oro la lluvia entre los árboles
del prado,
y ves que me demoro
y sientes miedo de la oscuridad,
no llores, que estoy cerca como siempre;
sabe que no te olvido,
aunque la vida a veces me distraiga,
que llegaré para darte mi mano
de padre cuidadoso.

No salgas del jardín.

Todos los pájaros
cantan para tu paz y mi alegría,
y yo volveré pronto, a la hora en punto
de la muerte, hijo mío, a recogerte
y llevarte en mis brazos...

6. Al aire del otoño

He venido a sentarme entre las flores
y el romero oloroso.

Dulce es la danza de las hojas
al aire del otoño.

¿Es dichoso el país donde ahora sueñas
tu sueño largo y hondo...?

7. Y tendrás experiencia de morir

Yo te quise conmigo para siempre,
para toda la vida, aunque es un soplo;
verte crecer conmigo, envejecer contigo,
dejar que mi alegría descansara en tus hombros.

Yo te quise a mi lado igual que una columna,
como el mar de aquel tiempo en su claro contorno;
darte la mano y darte la porción de mi sueño,
herencia de mi padre que me mira en un fondo.

Nadie dijo, o no supe, que al venir me darías
este dolor de abismo insondable que toco,
y que al irte, en el pecho se erguiría un desierto
por el que vago triste, desamparado y solo.

Sé que viviste un día porque ya te he perdido
en huertos de misterio con puertas que yo ignoro.
Cuando salte esa tapia, tú me darás la mano
y tendrás experiencia de morir...

8. Desde fuera

Alrededor de ti todo florece,
y donde tú no estás, está la sombra,
crece la espina...

9. Otro jardín

Vasta y dulce memoria,
déjame que recuerde
cómo fueron sus ojos.

Déjame penetrar en la espesura
de las ruinas perennes del pasado
y rescate la luz inmaculada
que se llevó consigo.

Permite que me duerma sobre el césped
lejano del jardín ya clausurado
que yo llamé alegría...

10. Ruiseñor de mi ansia

Las once de la mañana
en la plaza...

Hay un poco de sol
que me acompaña.

¿Dónde estarán los niños?

Me hacen falta,
más que esta luz, sus voces claras,
su condición de ángeles...

¿Y dónde tú, hijo mío,
ruiseñor de mi ansia?

—Estoy entre los números,
entre los libros, las pizarras,
entre los corros y los juegos,
en los pupitres y las aulas;
yo soy los niños que tú miras,
toda mi alma está en sus almas...

EL CAZADOR DE ESTRELLAS

Tú, cazador de estrellas en el fondo
del cielo de las islas,
cuando el otoño viene levantando
las hojas y comienza el baile
del mar en los rompientes,
te preguntas qué hubo
de verdad y de mentira
en los mitos,
en el aprendizaje de vivir,
porque hoy te ves inerme
delante del silencio y de los ciclos
repetidos del año,
de las transmutaciones sorprendentes
de tu naturaleza y de tus sueños.

Con la ventana abierta
al horizonte de los días,
descubres en tu ser algo irreal
como una lenta nube
que pasara sin sombra por la tierra,
vago espejismo donde tus ojos ávidos resbalan,
sabiendo como saben que fue inútil
el esfuerzo y su causa.

No descansaste nunca.
El centinela fuiste de tu espíritu,
el guardián en vigilia,
siempre al pie de la luz
inasible del mundo...

EN TU INFINITA MULTITUD DE OCÉANO

Isla de mi dolor,
isla de mi alegría,
en tu ámbito azul el ojo de la mente
palpó el incendio de la claridad,
el litoral a pico por donde anduve
adolescente, en el verdor
de mis años, cuando el descubrimiento
de tu quemante y radiosa existencia
me hizo saber quién era yo
y cómo sería yo: habitante disperso
en tu luz para siempre.

No importa que viniese
más tarde el temporal sobre las costas
de mi júbilo, la recia marejada
contra las cercanías de mi gozo,
arrasando el milagro de aquel vínculo
que enyugaba tu aire con mi sangre.

Por tus profundas márgenes
halló mi hambre de ser su alimento y su esencia;
mi sed de lejanías y horizontes,
en tu infinita multitud de océano,
su dimensión, su imagen, Tenerife.

Bajo el pie pasajero,
latente te descubro, tan joven de milenios,
prolongada tú en mí, rumorosa en mis venas,
yo adentrándome en ti al paso de mis días
mortales porque humanos...

MAR, QUÉ LEJOS

Litoral rocoso

Mar sin límites, remoto,
airado, turbio, violento,
amado mar de mi vida
y de todos mis recuerdos:

¿qué escamas de plata nueva
brillan en tu movimiento?

¿palabras de antigua dicha
tus olas me están diciendo?

¿qué buscas entre las grutas
que por los ojos me abrieron?

Por las grutas de mis ojos
no encontrarás ningún puerto,
exacto mar recordado
sin playa ni marineros...

BARRANCO

Carne abierta de mi tierra,
magua del agua,
guitarra del viento loco,
barranco,
hendidura llena de luz,
te precipitas
en el abrazo azul del Mar Atlántico,
Guayonje...

CON HILO DE ORO EN LOS CARDONES

Altos los álamos en la plaza con sol
de marzo.

El viento dormirá
en las orillas solas, en la frente tal vez
de los acantilados.

Es de la tierra el día
y yo no espero nada,
sumergido en la contemplación
del devenir de la mañana que borda,
con hilo de oro en los cardones,
el vuelo sin retorno de los pájaros:
es día de la tierra.

El mar en un rincón,
tal en la escuela el niño por castigo,
en sus hombros sostiene el peso progresivo
del universo, la bóveda vacía
del cielo.

Sobre las losas
de la plaza desierta
intento una vez más
reconstruir el mundo, darme
una razón de vida...

TODA LA CANCIÓN ES UNA

Toda la luz que perdemos
la recobran otros ojos.

El eco de mis palabras,
dichas con amor u odio,
se está repitiendo ya
en la lengua de los otros.

Las manos vuélvense manos
de verdad sobre los hombros.
Toda la canción es una
canción que se canta a coro.

Entre la tierra y el mar
no está el corazón tan solo
como pensaba...

DE LA LUZ DEL ALBA

Dádiva de la luz del alba me sea dada
cada día.

Que vea
a través del cristal cómo me inunda
cada día.

Que vea
siempre su claridad visitadora...

EN MIS DÍAS PRESENTES

La calle donde hoy vivo se parece
un poco a aquella calle de mi infancia,
pero el mar quedó lejos y el corazón lo sabe,
sabe que no es posible regresar a aquel mundo
cuyo esplendor ajado
propaga todavía su clara quemadura
en mis días presentes...

OTRA TARDE

Otra tarde diluida
en mil nostalgias pequeñas.

Invierno fuera.
¿Qué sueñas
entre la muerte y la vida?

Mi imagen estremecida
contra la luz del poniente.

Tallo, raíz y simiente
donde vuelco mis aromas.

(La tarde llora palomas
en la tierra de mi frente...)

MIENTRAS LA RUINA DE LA LUZ AVANZA

Con la última luz del día dándole
sobre los hombros, en el sucio poniente
de otoño, detrás de la ventana
se sentaba...

Las imágenes
vívidas del pasado, los objetos
que en el silencio de la casa
escuchan su ir y venir intranquilo,
el cuarto en la penumbra fría, el polvo
detenido en los muebles, alma exhalan,
hacen más hondo el sufrimiento suyo.

A esa hora tardía,
mientras la ruina de la luz avanza,
cerrado el portalón del patio a cal y canto,
escuchaba el aullido de los perros
en las huertas vecinas, apagaba
el corazón con un soplo de sombra...

DE SERES QUE VIVIERON EN UN TIEMPO FLORIDO

Ha llamado esta noche inmensa el viento
en los naranjos de la huerta, al claro
de la luna helada, rota entre
las cañas amarillas.

El viento,
una vez más, fantasma asiduo
de mis miedos nocturnos, puso un grito
de presagios: la ronda de lamentos
de seres que vivieron en un tiempo florido
en esta casa donde yo desgrano
las horas lentas aguardando la luz.

Desde el fondo sombrío
de la arboleda, la espiral de viento
azota la hierba alucinada y viene
avanzando despacio hacia la casa.

Tiempo de soledad y tiempo de memoria,
sueña la mente su país, proyecta
el plano futuro de la vida.

Así,
desde la garganta oscurísima
del aire que aúlla en el recodo
de la huerta de plata, las amargas

naranjas, la zarza retorcida, los almendros
que crecen en los límites
me hablan en baja voz, conciertan
su música. Me indican
su crecimiento al alba, su insistente
latido de savia paralelo
al latido consciente de mi sangre...

EN LA HORA Y EL SITIO

(Calle del Durazno...)

Dolor antiguo esparce el aire
denso de este silencio
en las estancias donde un día vivimos...

Por las paredes frías, por los muebles,
las lámparas dormidas,
los espejos sin rostros,
las ropas ya pasadas
de moda, los rincones
donde teje la araña, el polvo de los días
sobre los libros, por mí mismo,
pasa una gran soledad llena de músicas,
un sordo eco en la memoria inextinguible.

Mi juventud tú has sido
y después mi nostalgia.

Ausencias y presencias se han citado
en la hora y el sitio,
por los que voy cruzando la existencia
dolorosa y sin ti.

Calle abajo,
confundido en la lluvia, algún día me iré.

Retumbará en la casa solitaria
cierto temblor de vida:
este viejo dolor de haber vivido,
de haber estado solo...

A OTRA LUZ QUE NO ACABA

Algún día del año el oleaje
roto del mar regresa, y yo te oigo,
entre la espuma lapidante,
con una voz remota, apenas ya
reconocible...

Si estoy vivo
aún es por un hilo
de humo, unas raíces
de sal cortante y por la tierra
asida al espejismo de la muerte.

Pero todo el vivir, su cántico gozoso,
ya mutilado de futuro,
la destrucción suprema abriendo vías
de ceniza en los sueños,
tornan a ser en ti y en mí, a crearse
huecos en el presente.

La tierra siempre, el mar, la vida una
y nosotros visibles a otra luz que no acaba...

EL UMBRAL DE ESTE TIEMPO

Amor, ya no soy joven.

Se desangra el poniente sobre nuestras cabezas.
Vamos por el camino de la tarde, cansados
de llorar como el río.

No se ablandó la piedra bajo nuestra pisada
y es el aire ya el solo visitante que llega.

De cuando en cuando dices. "¿Te acuerdas de aquel día?",
o, con la voz quebrada, "Ay, qué pena más grande",
y se nos hacen hoyos sin fondo los recuerdos
donde nos despeñamos.

Sobre tus hombros llueve un delirio de rosas...

Son mis sienes dos valles donde pasta el olvido,
como son dos montañas tus pechos solitarios,
ay, dulce geografía para dormirme a un hijo.

Somos otros y ajenos.

Entre los dos un árbol madura un fruto único:
la soledad que enlaza nuestras dos soledades.

Es difícil, por tanto, que hallemos una patria
después de haber pisado el umbral de este tiempo...

LA GLORIA DE LA VIDA

Tú, que me visitabas y traías
la luz en abundancia y las flores salvajes,
un claro alud de libertad,
vida vivida como del relámpago,
tiempo de juventud sepultado y marchito
como el tronco en la nieve
o en los mares la roca,
me visitarás hoy y me traerás
de nuevo el esplendor
de los años alados,
su siempre honda y viva siempre
vibración de embriaguez y de locura.

Memoria fidelísima,
guárdame intacta la región aquella
donde mis días fueron soles
y pude yo soñarlos, y aun crearlos
con mi fe y mi entusiasmo,
pues eres tú quien sólo perpetúa
la gloria de la vida,
si es que llego a existir, ahora que apuro,
entre estas paredes,
mi pan de sombra y mi agua salobre,
desamado y pretérito.

PARA UN INMENSO TIEMPO DE VIVIR

Hermoso hubiese sido
compartir junto a ti el sabor del otoño,
el crecimiento húmedo del álamo
que en la tarde se aniña
ululando en el viento del crepúsculo;
haber visto soplar la pasión de la niebla,
el insecto sin nombre y sin historia
por el jardín abierto,
el limonero en flor dentro del búcaro
de silencio del mundo...

Hermoso hubiese sido
con un tajo de luz haber cortado
esta agonía poblada por la sombra,
y haber edificado la ciudad
de los sueños de nadie y para todos
los hombres.

Hermoso, hubiese sido
hermoso levantar la casa entre los bosques
habitados por élitros,
festejando la rosa sin espina,
el alba de verdad
para un inmenso tiempo de vivir...

VIVALDI Y CORONAS EFÍMERAS

Dame un cuerpo sin sombra...

Dame aquel cuerpo fresco de mis sueños,
aquel cuerpo de agua que yo vi
una tarde de invierno, entre Vivaldi
y coronas efímeras...

Cuerpo llorado y suyo, tan lejano.

Cuerpo ajeno que habita litorales desiertos,
hoy que estoy solo frente a mí,
con la memoria rota de la noche.

Dame, oh vida, su cuerpo como luz.
Dame su cuerpo y niégamelo todo...

OBOE NOCTURNO

Es al anochecer, al regresar
calle abajo a la casa, cuando siente
cómo la soledad se hace sonora
y el recuerdo se puebla
de músicas extintas...

Algún agua hay cayendo allá, a lo lejos,
y más lejos el llanto inacabable
del viento entre los pinos:
la gran orquesta de la noche alta,
donde el pecho de un dios,
inclemente y eterno,
hace de oboe nocturno.

De cuanto fue en un tiempo,
de cuanto ha sido, rememora
los rostros, las imágenes,
las voces, la alegría,
que borró un temporal.

La inmensa soledad le abraza ahora
al subir la escalera y adentrarse
por el útero oscuro de la casa,
celebrando sus nupcias con la sombra
en su lecho de solo para siempre.

La vida no fue un juego.

Él probó sus acíbares
y sabe que morir será la única ternura
que le fue dada al hombre...

ENTRE LA LUZ YA Densa DE LA TIERRA

Días duros vendrán contra mi júbilo,
olas de piedra y nubes solitarias.
Desnudará sus ramas el castaño vecino
para vestir de oro el verdor de la hierba.

No he de salir al mundo esa mañana.
Me quedaré en la paz de las estancias,
con el álbum antiguo de las horas felices,
de los años sin tiempo.

No se abrirán las puertas para nadie.
Ellos me deben algo que no existe,
y no espero sus golpes en mis ojos
ni su amor caedizo.

Todo será como antes.

Como entonces,
me sentiré alcanzado por la fiebre más pura,
entre la luz ya densa de la tierra
y la conciencia vasta de las cosas.

Por el silencio puro entraré hacia mí mismo.

Quise ser una música, pero he sido un fervor
dentro de la confusa realidad de los seres...

EN LA TARDE

Vamos camino de la nada.
Éste es el fin de nuestra historia.
Sobre las flores de mis huellas
abre la muerte sus corolas,
va amurallando mis espaldas
con el granito de la sombra.

Quiero nombraros este día,
amigos míos, bellas cosas,
manos y soles de otro tiempo,
primaveras maravillosas.
Quiero nombraros, reteneros
tal como sois en mi memoria.

Oigo la música del viento.

Manso es el mar en esta hora.

Hondo, muy hondo dentro de mí,
no sé qué sueño se desmorona.

Bajo estas sábanas de hierba
aguardaré la última aurora,
quieta la sangre para siempre,
bajo estas piedras y estas rosas...

CON LAS MANOS SIN NADIE

Solo como has estado,
con las manos sin nadie,
en la sombra doliente de la casa,
viendo cómo los días se te iban
hundido en los recuerdos,
no volverás a estarlo en el futuro,
pues próxima se ha puesto
sobre los hombros rotos
la soledad como una sombra negra.

Erguido el corazón, como lo estuvo
en el tiempo virgíneo
de la niñez, ya nunca lo verás,
a pesar de que aliente insólito en el pecho
y la carga pesada de cuanto ya has vivido,
como losa de plomo
o lava destructora,
gravite en su pequeña redondez palpitante.

Feliz como lo fuiste,
no volverás a serlo.
Exaltación solemne del estío,
joven piel, roja sangre, hermosura y deseo
de la carne de un tiempo,
la madurez ahora se cierne sobre ti,

anunciando el final de tu drama de hombre
consciente de su paso
por el bosque del mundo,
sin más armas que su conocimiento
y su angustia constante.

Libre como estuviste
en el vasto aire limpio,
mientras la vida en torno maduraba sus hojas
y el mar se hacía más líquido,
sí volverás a estarlo cuando mueras
y te quedes desnudo como el niño que fuiste...

QUIZÁ CAIGA LA NOCHE SOBRE MÍ

No desear ya más cuerpos mudables,
palabras lisonjeras, alegrías ganadas
al precio de la cima de la dicha...

Férvidamente alzarme
ante la luz real y sola del ocaso,
recomponiendo la roída memoria
por la erosión continua de los años,
contra la que inútilmente
luché toda la vida.

Quizá caiga la noche sobre mí
con su aluvión de sombras,
pero ya nada importará su insidia
al corazón vacío.

Pálido irá el amor a su guarida.
En las venas la sangre
se hará delgada como la amarilla
hoja del viento del otoño,
y algo como la paz
me llegará en las olas del futuro.

EMERGERÉ NO INDEMNE DEL DOLOR

Todos se fueron lejos, entre muertes
o músicas dispersas, a sus hondos
destinos.

Sus sombras me dejaron
al corazón atadas, como rama aterida
en el invierno solo del presente.

Hicieron mucho ruido con sus alas
en el aire ahora quieto, ayer de fiesta,
cuando el jardín tan húmedo cantaba
con la gloria del sol en los naranjos
y el cerezo del muro...

Días y días,
plenos de luz y alma, buscan hoy,
por el iris solar de la memoria,
con su buceo indicios de la vida.

Pero vida no hay y yo estoy solo,
emergiendo no indemne del dolor.

LEJOS DE LA CIUDAD CONDESCENDIENTE

Las Palmas, 1944

De niño, entre las charcas
dulces, cacé la rana, el pájaro feliz.

Por el aire y el agua, la niñez
fue pura y triste, pero libre y sola,
hollando las orillas como láminas
infinitas, las blanquísimas nubes
cruzadas por las aves.

Con los otros
por las colinas solitarias fui,
lejos de la ciudad condescendiente,
a reinventar un paraíso:

cuevas,
senderos, caseríos, los rebaños
de cabras a lo lejos, los estanques
verdes con todo el cielo reflejado.

Y saltaban las ranas a los gritos
salvajes, jubilosos. Venían círculos
a morir a los pies. Limpios diamantes

bullían en el iris. Las camisas
llenas del viento azul de la mañana
y el mar abajo como un padre...
Todo
sucedió en otra vida.

TIEMPO SIN MANCHA

Siempre te nombraré, tiempo sin mancha
de la niñez.

Tenías cadencias
que no murieron, a pesar de todo
lo que sufrí estos años.

Me enriquece
tu música los días que ahora vivo
al compás de otra espera, ya más definitiva
y honda, bello país por donde
fueron mis pies dejando alas,
reclamos de futuro y ambiciones.

Serán inmaculadas mis palabras
para nombrarte el tiempo que me quede,
porque yo soy tu herencia, infancia mía,
arca de oro de mis sueños,
tú de mi vida gánigo, niñez...

DE SU SER PRETÉRITO

Recuérdalos también cuando a la tarde,
en la penumbra del jardín, te sientas
más solo que otras veces.

La piedad
de la memoria humana obra el prodigio
de rescatarlos con su luz corpórea
al centro de tu vida y por ti vuelven
a la armonía de su ser pretérito.

Investidos de luz, en ti se hacen
dueños de nuevo, y sin dolor, del reino
de la tierra y del mar, y te confortan
en tus días de total desamparo.

Recuérdalos un día.

La memoria
es otra forma del amor humano.

MAR ÚLTIMO

Después de tanta luz y tantos años
por las orillas de estas islas
que llamé por sus nombres familiares,
y después de todos
los ponientes y los amaneceres,
los hijos y el amor, después de todos
los amigos, los viajes
de mi vida errabunda,
mis palabras grabadas en las rocas
desiertas, en los bosques,
las aguas de la lluvia del invierno
y aquellas otras de la primavera,
después de tantas muertes,
tantos sueños y tantas alegrías,
resurrecciones y naufragios,
después de la memoria de mis juegos
y del olvido de mi adolescencia,
un día cruzaré, a nado y solo,
el largo mar, el solitario
mar último...

NO ES FRUTO DEL ESTÍO

El amor sí se encuentra, mas no a ciegas.

No es fruto del estío, de la edad impaciente
en que las manos y los labios roban,
arrasan o destruyen,
con impericia portentosa, con brutal egoísmo,
un vasto reino luminoso.

No.

Con pobres herramientas
intentamos forjar hierro tan dulce,
apenas rebasados los umbrales
de este hermoso taller que es nuestra vida.

Con nuestra imperfección de adolescentes
tratamos de obtener,
con violencia o con ira,
lo que frecuentemente crece sólo
en los huertos maduros de otra edad,
ya calmados la sangre y el temblor
del corazón aquel de los años ardientes
a la orilla de un mar y del deseo...

TRABAJO DEL SILENCIO

Nadie diga su amor con las palabras.

Guardemos el amor como un tesoro
en lo más hondo de la vida, hasta
que el paciente trabajo del silencio
lo vuelva parte suya, lo confunda en nosotros
de tal modo, que ya no podamos
separar su materia sagrada de la nuestra,
ni él pueda distinguirnos nunca más
de sí mismo...

CORONACIÓN Y EXILIO

Si alguna vez fui príncipe
de la luz fue en tu reino...

Me coronaste con tu risa
en la tibia arboleda de tus brazos.
Hiciste para mí rosa la rosa,
pájaro el pájaro y cetro la alegría.

Agotaste los ojos mirándome dormir.
Por esto acaso fueron tan hermosos mis sueños.

A manos llenas me trajiste el mar,
ya para siempre compañero mío.

Fue mi primer paisaje el color de tu falda
y tu voz la primera canción de mi existencia.

La huella de mi pie cupo en la tuya.
Tú eras la dicha y yo te perseguía
con mi pequeño corazón de niño
por las orillas de los mares.

Durante mi reinado
el sol nunca se puso
y el mundo estuvo acorde.

...y un día te perdí sin saber cómo,
sin saber dónde, sin saber por qué.

Luego fui destronado.

Me golpeó el dolor con guantelete
de acero en pleno rostro.

Fui conducido al mundo, encadenado,
humillado y cegado, hambriento y mudo,
en la anónima noria de la vida.
No se me ahorró miseria ni desdicha.

Me encontré solo y escribí poemas.

Abdiqué de la luz.

Ahora soy viejo
y estoy perdido entre las sombras,
enredado en el tiempo y en la muerte,
como tú, madre mía...

TU MEMORIA DE ÁNGELES Y ROSAS

Entre todas las sombras de la vida,
las ventanas cerradas, el espanto
de este lugar donde ya olvido eres,
te recuerdo, hijo mío...

Sopla un viento
fuerte del mar lejano hacia los montes
nubosos del otoño.

Cuántas cosas
quedaron por decir, amor a medias,
futuro cojo, sufrimiento entero
de los dos, palabras balbucientes
para nombrar el mundo que veías
desde la flor de tus pequeños años.

Aquí me tienes. Ahí estás dormido.

Voy quemando mis días y acercándome
a los linderos de tu luz cegada.
Hombre soy y me duele en este lado
frágil del pecho, donde tú pusiste
tu memoria de ángeles y rosas.

Yo me miré en tus ojos. Tuve fe,
creí por ellos en la luz del mundo,
Dios existía finalmente, mientras
el ala de una sombra te rondaba,
pobre espejismo de mi vida...

TUS PODEROSAS MANOS EN EL TIEMPO

Rememorar tus manos,
mientras la lluvia fuera
aumenta la estatura del poniente
de abril y se diluye,
en el esplendor de las hogueras tardías
del invierno acabado,
mi fe en recuperarlas.

Me sabían a gloria
tus poderosas manos en el tiempo
común de nuestras vidas: me hechizaron
la infancia.

Si volaban
lejos, venían a posarse en mis hombros,
a darme paz y demoraban
en mí la belleza del mundo.

Cuando te las olía,
era un olor mezclado
de sudor y eucalipto,
de manzana y acero,
de generoso amor.

Aún hay vestigios de ellas:
indelebles están sus huellas digitales
en mi existencia, aunque ahora duerman,
inmóviles y rotas, en la sombra
perenne, padre mío...

EN EL FONDO DEL PATIO

A través de la niebla de los años,
aún te veo en el fondo
del patio, bajo un aura
luminosa...

Tú cantas,
coses y cantas
una canción antigua, pero alegre,
mientras padre en los cuartos
de la azotea trabaja con su ojo
certero los sextantes,
la rosa de los vientos de las brújulas,
los pulverizadores de gas-oil,
herramientas del mar entre las cuales
fui abandonando la niñez.

Denso era el aire de la casa
como densa la vida.
Ni altibajos ni sombras.

Más allá de la puerta
había un mundo inhumano.
Decían: "La postguerra",
"El pan", "Se les fusila",
"Hay muchos en las cárceles"
o "Perdona a tu pueblo..."

Hermano Julio y yo subíamos
a rellenar los puntos cardinales
con tinta china: me abstraía
imaginando puertos y países
donde arribar, guiado
por tales rosas del paterno oficio...

Entre nosotros, tú
eras un ser sagrado, realmente
un ser sagrado, y continuas
siendo sagrada aún hoy
en que padre no existe
y ya no cantas la canción alegre,
pero antigua, y nosotros
te hemos dejado sola y en silencio,
como si un desamor,
como si un torpe, inexplicable olvido
fuesen la recompensa
al amor que nos dabas,
que nos das todavía...

DE ESTA PIEDRA OCEÁNICA

Tú sólo y siempre el fuerte y fiel, mar mío,
padre azul de la tierra...

De la niñez remota,
yo, buceador, recobro
tu inmutable justicia,
tu luz y tu hermosura.

Alcanzo ahora,
cuando derivo a la región inhóspita
de la vida, el sentido
de tu presencia en ella,
de tu sabiduría en mí, minúsculo
poblador como he sido
de esta piedra oceánica.

No podré, entre mis manos
de arcilla y de deseos,
llevarme ni una sola de tus aguas,
las arenas perdidas de tus fondos,
ni el trueno de tu música,
pero en mis ojos nunca viejos,
tú incólume y erguido te eternizas,
entre todas mis ruinas,
entre todas mis muertes...

SON LOS RÍOS

(Variación)

Como un canto rodado
por el cauce del tiempo
es la vida del hombre.

Apenas se contempla
inaugurando el mundo
en la mañana tersa
y ya le sobreviene
el empujón del agua,
la embestida del tiempo
que le lleva por fuerza
hacia el mar —a la muerte—
como un canto rodado.

VIDA QUE RUEDA

Cantan los niños... ¿Pasa el viento
o el tiempo por la calleja?
Caen y caen sin descanso
las hojas secas.

Otoño pone sobre mi rostro
su fatigada luz cenicienta,
se desmorona como una ruina
por mi cabeza,

mientras los niños siguen cantando
mano con mano de la inocencia,
bellos y puros como las nubes
de primavera.

Fuego dorado fueron mis días.
Hoy son ceniza sobre la hierba
que el tiempo aplasta cuando por ellos
relampaguea.

Niños, otoños... Yo sé que un día
ensombrecido de mi existencia
ya no veré niños, otoños,
bajo la tierra.

En la ventana, siempre de luto,
soy una sombra de lo que era:
canción alegre, viento que pasa,
vida que rueda...

DESDE LA TIERRA

Para caer de golpe en esta hondura,
cuánta esperanza, cuánta primavera
hice llegar, oh vida, a mi ribera,
con su carga serena de ventura.

Para tener al fin el día que muera
derribada en la tierra mi estatura,
cuánta ilusión tenaz, cuánta ternura
y amor necesité la vida entera.

Cuánto vano espejismo acumulado,
cuánto insomne latir en el costado,
cuánto inútil esfuerzo reunido,
para morir al fin, para ser nada,
viento de historia, flor decapitada,
humo, silencio, soledad y olvido...

UNA NUBE DURANTE LA GRAN GUERRA

(En vida)

Hubo una vez una nube que cansada de serlo,
cansada de montañas y aires sin rumbo,
de los ríos inmensos de la tierra,
cansada de la sangre y la metralla,
descendió silenciosa y se posó en tus ojos.

Era el tiempo de la escarcha y de la nieve. Hacía frío.
Mucho frío, padre. Entonces tú, con tu infancia aterida
bajo el brazo,
cruzabas los caminos inclementes.

Eras pequeño a la salida de la escuela. Maestra Giulia
te daba dulces y lápices de colores, y en tus manos tristes,
más tristes que todo el universo,
mirabas aquellos tesoros incrédulo, asombrado.

En casa te llamaban con nombres de ciruela y almendra,
con nombres de manzanas y uvas moscateles,
y desde aquella época te entristeció el helecho,
porque un amigo tuyo, niño también, se murió alguna tarde
y con él adornaron las estancias dolientes.

En casa te llamaban con nombres olvidados,
con nombres que sabían a olorosas mañanas...

Florece el cerezo, los olivos gozaban su verdor incipiente
en el cercano bosque de Varrámista,
el arroyo cantaba y andaban las muchachas de aquel tiempo
llenas, como la tierra, de sueños y esperanzas,
cuando en la fragua del destino aprendías el hierro
con tus pequeñas manos de universo tristísimo,
y un instante, lo que tarda una vida en nacer o morir,
saltó una chispa clara para encenderte el alma.

Y encendida la tienes, padre mío sereno,
aunque una nube oculte su esplendor en tus ojos,
como al cielo de abril
celajes repentinos le ocultan su belleza sin término...

SARA NÓBREGA

Antes de despedirte para siempre,
me dejaste un libro y una estrella en la sangre.

Uno y otra venían de muy lejos,
llegaban de lo hondo
de una estirpe maldita.

Leí el destino. Era verdad
que estaba escrito. Comprobé
mis azares, por qué mi pie pequeño,
mi infatigable sensualidad,
mi fe monoteísta.

Extiendo la mano
para alcanzar los días aquellos
de tu infancia en Lisboa, en la trastienda
de un bazar, con espejos,
porcelanas azules, esmaltes y muñecas,
reposo de tus místicas saudades,
pequeña abuela hebrea.

En el espacio

breve de un llanto,
miraste un día el sol poniéndose sobre los viejos libros.
Dijiste adiós, quién sabe qué dijiste,
y otro día de otoño de principios de siglo
a las islas llegaste con un bolso, una maleta y un libro.

Primera fundación,
limpio el aire donde alzar los altares,
jerusalem sin mancha
de las viejas creencias que heredé, que he olvidado.

Oh nunca Sara Nóbrega.

MEMORIA DE ASUNCIÓN F.

Si en el insomnio nace la memoria
de Asunción F.,
halo de luz y manantial de sombra
vuélvese el aposento, brotan nuevas
las antiguas helechas en el fondo
del pasillo, y las voces de la isla
campesina regresan con sus ecos,
vida le dan a esta casa ruínosa,
la resucitan luminosamente
ante mis ojos, y el pasado toma
sustancia del presente y me conduce
a la resurrección de aquellos días
caídos en las tejas
como las aguas del invierno.

Y nace la memoria en mí, que estaba
ausente y no asistí
sino a la sucesión del mar y su oleaje,
lejos de aquí, de Asunción F.,
de su existir diario entre el olor
agreste de las vides y las pláticas
con el hijo amoroso, en cuyos brazos
dejaría la luz...

Ahora desciendo
por los viejos peldaños del recuerdo
a su deshabitada biografía, toco
su brillante ceniza sin olvido.

SEÑALES DE ESPERANZA

(En la bodega oscura...)

Para llegar a ser, durmió en la sombra
y el silencio este vino.

Fuera, otoño
pasó cantando su canción de lluvias,
nacieron niños y murieron hombres,
hubo intentos de paz y arreció el odio,
nos crecieron las uñas del deseo,
no nos dieron descanso los verdugos
y nuestra libertad bajó un entero.

Es decir, la costumbre, nuestro modo
ya de vivir así, a ver qué pasa,
dónde ponernos para no estorbar,
y cómo, sin saber, cruzar el río
de España o sus pantanos.

Pero mientras vivimos apurando
la hiel de nuestros días, este vino,
que durmió en los toneles,
vence a la sombra y se hace claro un día,
como dándonos unas
señales de esperanza...

HACIA UN MORIR OSCURO

Estoy sentado frente al mar...

La tarde,
lenta y honda, se va por el ocaso.
Oh, cielo azul de prusia que das paso
muriendo a un nuevo cielo azul cobarde.
Oh, cielo como yo no eterno, oh, cielo
mortal, que eres reflejo de mí mismo;
cielo que te me vas hacia un abismo
como mi vida a un triste desconsuelo.
Aquí, sentado frente a ti, mar mío,
quisiera echarte el corazón vacío
sobre las olas, bajo el cielo puro,
que como cielo y tarde se me fuese
calladamente hacia un morir oscuro.

Oh, si ante el mar mi corazón muriese...

EN CASO DE DESGRACIA

En caso de desgracia,
tal como están las cosas
puede ocurrir muy bien que me fracture
la esperanza o que sufra
un bajón de optimismo,
digo, que en caso de desgracia
y mientras se resuelven esos trámites,
vuelva mi madre, díganle
que su "pequeña bestia" está cansada
de la jaula del mundo;
que ha quemado sus días
en selvas de cristales, bosques húmedos,
arenas movedizas;
díganle que me traiga
la luz aquella de una tarde azul
de los años cuarenta,
ella corriendo por la orilla
tersa del mar de espumas y gaviotas
de nuestra isla, falda de luz,
ojos de luz, manos de luz,
su cuerpo siempre joven
en la memoria mía;
que regrese a mi lado
con su ironía y sus burlas,
su forma personal, inolvidable,
de aparentar niñez con Candidita,
el cuarto solitario de los santos,

su "Camel" a hurtadillas;
ay, que vuelva, por favor, y se acomode
aquí, cerca de mí, antes del vómito
final, antes del amarillo
escupitajo de la vida...

Háganle ver
que me es necesaria su presencia,
su palabra sin tiempo;
que deje la casa como está,
ya habrá lugar mañana;
que olvide los metales empañados,
el polvo sobre el piano,
su cama viuda y sin hacer, lo mismo
da, y que venga con urgencia,
porque me matarán en cualquier parte
y ella lo sabe por ser madre,
igual que muchas, de un poeta,
y porque yo la esperé toda la vida,
y que en un caso de desgracia
una demora de un segundo basta
para no vernos más, y así por siempre
y para siempre y es terrible
ese salto mortal sin malla abajo
y sin otro trapecio que el silencio...

Y díganle también
que se disponga a verme desnacer,
a darme a sombra,
como cuando jugábamos,
hambrientos y postbélicos,
al escondite en las tardes de barrio
de la Peña la Vieja,
y yo me iba al zaguán más negro y solo,
y nadie me encontraba,
ni yo mismo.

En caso de desgracia,
pues puede suceder, tal como vienen
los acontecimientos, los diarios,
los partes oficiales del Gobierno,
y es terrorífico asistir
a tanta esquila, a tanto asfalto,
a tanta confusión,
repito, en caso
de desgracia,
sólo venga mi madre y esté cerca,
sólo venga mi madre y me acompañe,
sólo venga mi madre y de la mano
de su piedad
me reconduzca al tiempo
de nuestro amor interrumpido...

DÍAS DE GUERRA SOBRE MARTI

(1939-1945)

Está cansado el aire de vivir
y se va con mis muertos
no sé a qué sitio...

¿A Marti
te vas, tiempo sombrío, al dulce ámbito
de tierra removida que yo, un día,
cavé para el hermano de mi padre?

La memoria y sus símbolos:
Gino durmiendo en Bjëlo-Pölje;
Iljo caído del andamio;
mi abuelo Arturo,
albañil y proletario, muerto,
aquellos días de guerra,
en la Casa del Pueblo;
Gina y Yolanda, pobres mías, buscando
en las cunetas llenas de cadáveres jóvenes
a mi primo Marcelo, fugitivo
de nazis y fascistas, por los montes
de olivos arrasados.

—Lejos, después de un fuego fratricida, lejos,
mi padre conmigo de la mano—.

Está el aire cansado de vivir:
ah, que no levante las sábanas del tiempo y me descubra
sobre qué ruinas se cimenta Europa
y qué inútil la sangre de los míos...

NI TARDE NI TEMPRANO

No es mejor este día
que el de ayer
o los que hayan de venir...

No es tarde ni temprano.

No soy mejor que nadie,
ni peor que cualquiera.
No vale más la dicha
que el dolor, ni la tierra
es más que el mar.

Quien pierde gana,
quien está solo
está con todos
y viceversa.

De pronto, y con el ánimo
igual, se acepta el mundo.
Bellas pero mortales,
han de morir las rosas.
El pájaro que canta
ha de morir.

Mi propio corazón,
ni tarde ni temprano,
sino en su hora justa,
ha de morir.

Ahora sé qué es ser hombre,
y yo te doy las gracias,
madurez de mi vida...

MEMORIA DEL HONDO SUR

Tomar un día la vieja carretera buscando su belleza escondida, ésa que la larga autopista impide contemplar, porque la mano y el corazón, el imprescindible reflejo y los factores de Einstein advierten continuamente que la velocidad, sobre entrañar un riesgo, adormece la sensibilidad ante el circundante paisaje.

Tomar un día la carretera vieja del Sur y perderse en aquel aire quieto, recobrar un pulso vivo y familiar, real y humanísimo, donde escasea el esplendor de una tierra que no es metáfora, ni prestidigitación, sino que se presenta con el limpio, modesto y austero ropaje de su aridez. Porque las tierras del Sur no son de superficie, sino de hondura, profundidad de pozos y de espejos, y quien busque el destello sólo hallará la luz gastada desmoronándose por sus cresterías lunares.

Un día cualquiera volver al Sur. No importa el corazón y no pesa. Apenas pesará el cuerpo y mucho menos la memoria, ese fardo, ese lastre que con frecuencia empaña el iris de la vida y nos oscurece la plenitud que está ahí aguardando a que nuestra indolencia y la algarabía de nuestros instintos cedan ante lo puro, ante el reencuentro de una hermosura a punto de acabarse. El Sur, el hondo Sur.

Y parece como si hubiesen nacido con la edad de un siglo, como si hubiesen cumplido cien años —de soledad

sin gozo— esta tierra, estos hombres, el día mismo en que acordaron la aventura conjunta de existir. Basta verlos. La tierra echada y seca, el hombre andando y seco, enjutos ambos, calcinados, morosos y fundidos, sangres color de almagre desbordado, inundando las tierras grises.

De cuando en cuando el milagro de una flor de pascua como un golpe de brisa fresca en el rostro, ya habituado al amarillo enfermo de las canterías de piedra, al viento de levante que viene y va, gran señor, por los pardos serrijones, en el silencio solemne de los barrancos solos, imponiendo su reglamento inflexible al hombre y a la geografía.

Y es que todo es verdad porque alguien lo ha soñado. El Sur es solamente el sueño de unos hombres. Mirad: Arafo, Güímar, Candelaria, Arona. Las hendidas gargantas de Achacay, de Erques. Fasnía como un fantasma allá en la lejanía. Granadilla caída en un sopor activo, como cruzando siempre un insólito agosto, en la distancia de mil años, mas con el rostro constantemente niño del trabajo. Y Adeje solariego tejiendo día a día su biografía inacabable. El Sur. El Sur.

Pero desde la inmensa vía ya muchos hombres no miran su belleza. Y es triste que los hombres, afanados en su pan y sus prisas, vayan perdiendo el hábito de integrarse, fundirse despaciosamente, anularse como en los viejos tiempos, en el paisaje ofrecido, contiguo y nunca monótono de una tierra tal. Porque tenemos prisa los hombres, nos devora el vértigo de lo intrascendente. Hay prisa por llegar y prisa por volver, siempre en tránsito, siempre en la hoguera de nuestro propio acabamiento, de nuestro desgaste y nuestra consumación, mientras la tierra alrededor es vasta y pródiga, múltiple y sorprendente, y muestra su magisterio en una permanente "alta plática".

¿A dónde vamos sin mirar? Alguien dijo que aquel que camina una sola legua sin amor, camina amortajado hacia su propio funeral. Y todos caminamos a nuestro propio

funeral, negándonos al mundo, cada uno en su mundo, en la celda blindada de nuestra individualidad, más bien muertos y con la cara caída sobre el polvo, como aquel caballero de Bernardino della Ciarda que pintara Paolo Uccello.

Quien viva en la urgencia que no venga a estas tierras. El Sur es para quedarse con los ojos abiertos y la respiración contenida. Es para quedarse y poner un hombro desnudo. Es para entregarse, a cambio de nada y de todo, enriqueciendo la vital experiencia. Cada día me digo que si de alguna parte soy, de aquí soy, y si algo alivió —como aquella mano materna la frente enfebrecida— ahora que inesperadamente he envejecido, los terrores y las obsesiones de mi niñez fue la contemplación de este espacio de tierra áspera y mía, en apariencia esquivada, donde he visto esta luz y este hombre; ése que baja, en la difusa claridad de los atardeceres, con su asno cargado de hierba pobre, seguido de un perro hambriento, camino de sus aldeas perdidas, molturando, muchas veces, su miseria con su entereza, su abandono con su resignación, en sus lentos molinos interiores; el mismo que de pronto hace un alto en su andar y quitándose el arrugado sombrero, para secarse el sudor del pesado día, mira el mar y suspira sordamente, pensando y pensando. Y luego se va, ya en la luz sombría, por aquella vuelta del camino, y aparece de nuevo, recortando su silueta sobre las quietas lomas, y por último desaparece, exactamente, para siempre, sin dejar rastro, ni ruido, ni memoria de sí.

Quien tenga prisa que no venga. Que no salte esa cerca, ni toque esa mata de geranios, ni corte ese ramo de salvias. Pase de largo y vuelva a sus inútiles quehaceres. Entre los muros hay senderos, ángulos; zigzaguea el lagarto husmeando el rojo fruto del tomate; desde el aljibe los pájaros observan a los seres, y en el cañaveral de aquí mismo el aire orea la recosida sábana, la camisa con lamparones indelebles, la humilde enagua femenina, los pañuelos del sudor y del llanto, y entre las tejas, que curtió un sol implacable, se

escapa el humo denso de las cocinas oscuras, y llora el niño en el umbral del mediodía. El Sur.

Para quedarse y para andarlo, para pasar la mano por él, el corazón por él. No me deslumbra el verdor de los pinos, la cristalería de los acantilados, los azules del norte suave de esta tierra. Me desespera tanta perfección conforme, ese paisaje simétrico, igual, exuberante, fácil para los fáciles, postal, folleto, industria, donde la exclamación es súbita frente a un paisaje que se mete por los ojos y allí se queda sin saber qué hacer ni qué sugerir. Mar azul, valles fértiles, rosas rojas, orquídeas, cuánta luz derramada como un río sinfónico, todo es oro, corre la vida bajo las estrellas y el mismo viento amaina su galope ciego y desordenado, volviéndose confortable, consecuente. Dócil el norte se acomoda.

Pero más allá, por detrás de las altas serranías, hay una tierra como un puño. Tierra que no se dobla. Antes se parte como el vidrio. El Sur. El Sur es hombre, y vive en vela esperando las aguas. Contra el impávido celaje del otoño, él se mira "en los montes: son espejo para todo lo vivo" y alinea sus cardones fieles y sedientos en lucha con la torva sequía. Allí hay que ver al hombre. Nadie le aplaude. No hay premios. Sólo clima enemigo. Del mar, incluso, sube una vaharada de salitre caliente para quemar en una misma pira los huesos y la piel, la posible cosecha, la esperanza. Es terrible esta tierra, terrible y generosa al mismo tiempo. Como todo lo hondo. Vivir es conocer. "Nací a la orilla del mar, y supe. Mas no miré sus aguas", sólo esta tierra en llamas.

Como muchos, tampoco yo tengo un trozo de tierra donde caerme muerto. Pero sé que cuando caiga, como muchos, quiero allí caer sobre toda esta tierra que se mira hacia dentro, ámbito donde es hermoso, sin embargo, el cielo, y donde la chumbera, las retorcidas vides, el olor a existencia, todo lo que yo amé por simple y natural, fueron

y serán siempre "el otro posible sosiego" de mi condición isleña. Así será esta tierra mía. Lo demás es lo otro.

Por eso digo que quienes tienen la cabeza a pájaros, el pie andarán y el ojo inquieto es mejor que se abstengan de invadirla con su música urgente. Los hombres "pasan" casi siempre y casi nunca "están" en parte alguna; el pie les trae y les lleva, pero en el fondo es la inquietud de su propia vida, su personal inconstancia, lo que verdaderamente les obliga a nomadear tras espejismos vanos y donde finalmente van a perderse sin remedio.

¿Qué razón tiene el corazón para así buscar el Sur? ¿Por qué a estas alturas de mi vivir me doy cuenta, o mejor, descubro, deslumbrado y atónito, la desnuda hermosura de esta tierra, sus secretos, sus símbolos? ¿Por qué en el breve contorno de una isla —"nos dieron de tierra sólo un puño, de cielo todo el cielo", que escribió Rafael Arozarena en un viejo y maravilloso libro inolvidable—, por qué, digo, en el breve entorno de una isla hay para mí una parte de ella donde definitivamente me reconozco y encuentro las raíces de mi ser? ¿Qué tenía que ver yo con todo esto para que todo esto tenga hoy que ver conmigo? ¡Qué lazo indisoluble! "Qué sed horrible. En tierra seca, nada. Tendido estoy y sólo veo estrellas. El agujero de mi pecho alienta. Pienso, no hablo. Siento. Alguna vez sentir fuera vivir. Quizás hoy siento porque estoy muriendo. Y la postrer palabra sea: sentí". ¿Qué esperan estos hombres y qué les da esta tierra? Podrían marcharse, pero no se van. Yo no salí, y regreso. Les veo trabajándola. La roturan. La siembran. Hablan solos porque acaso están solos. Irredentos. Esperan con una voluntad que no vencen los días. Mañana, tarde y noche. Primavera y otoño. Lunes tras lunes. De sol a sol. Año tras año. Hay siempre un hombre doblado sobre la parda tierra. No se le ve porque se funde en el paisaje. El mundo gira. La muchedumbre pasa por el asfalto negro.

Echar un día por la vieja carretera del Sur y descubrirlo casi con el albor del primer día de la inocencia. Sentir la tierra del hondo Sur. La he visto. Ahora comprendo porque siento. Pero el que siente muere. Pero existe. Arona. Arafo. Granadilla, Güímar; barrancos donde sólo canta el viento, llanos, aldeas, humaredas distantes, ponientes rojos, caseríos, escalones de tierra que suben sólo Dios sabe dónde, voces lejanas y el mar que va volviéndose de un gris oscuro como el otoño cuando llueve. Y el silencio. El silencio que aquí se puede tocar y que si lo tocas te da frío. Y un hombre que trabaja. Por obsesión, dirán algunos. Yo sé que es por amor. El Sur. Pasión del Sur...

LA CANCIÓN

De oro es el sol sobre la tarde honda...

Yo volvería a cantar mañana, al alba,
la canción que se gasta cantándola:
la vida...

**ALGUNOS POEMAS Y PROSAS
RECOGIDOS
EN OTRAS PUBLICACIONES**

AMOR O NADA

*Para Manolo y Josefina,
a la sombra del mar.*

Os hablo de la luz de esta jornada;
de una mano de amor sobre este hombro;
del corto corazón ante el asombro
de verse la tristeza derrotada.

Os digo, por la herida en que me nombro
y por esta esperanza desvelada,
que el hombre es sólo amor antes que nada,
antes de que regrese a ser escombros.

Os digo que la vida es cordillera;
cada uno la alcanza a su manera
y es muy triste quedarse en la estacada.

Es muy triste quedarse —como un río
sin agua— sin amor, solo y vacío,
porque el hombre es amor. Amor o nada...

ALGUNA VEZ

Alguna vez me encontraré mirando
la última de mis canciones cotidianas,
y mis manos, pájaros ya de cielos olvidados,
preparando el informe montón de mis sueños.

Ahí, en esa hora, clamará por mi obra,
si en ella la verdad reposó, mi destino.
Luego me iré como se van los días,
como se van las noches,
las auroras, las nubes, los otoños, los niños...

El tiempo
levantará una ola —de eso mismo: de tiempo—
y hundirá mi memoria en una fecha vieja,
para muchos lejana, para otros inexistente:
fecha muda y oscura para los hombres,
afanados en su propio vivir.

Alguna vez no seré yo quien soy
ahora mismo, escribiendo,
sino polvo total,
puro barro en el barro,
olvidada memoria de un algo lejanísimo...

CUERPO EN QUE VIVO

(Domingo Rivero)

A veces me detengo,
ya en mitad de la vida.
Rozo la soledad.

Me aterra
la pavorosa soledad de ti,
este abandono en que me tienes, Dios,
porque son muchos años
esperándote en vano,
aguardando en las tardes del otoño
que vengas a mi lado
a hacerme compañía.

Son muchos años para nada,
creciendo en la esperanza y en la angustia,
para la muerte que vendrá reclamarme
su herencia.

Muchos años andando este camino,
enredado el cabello en estos álamos,
gritándote que vengas
a convertirme en música.

Y tú sigues allá, en tu azul insólito,
respirando el azul inalcanzable,
olvidado de mí, tu pobre amante.

Y yo hubiese querido
que tú me visitaras,
ahora que un río cálido me circula por dentro,
que todavía es posible mirarnos con ternura.

Y yo hubiese querido
que vinieras a mí,
que me tuvieras cerca y me tocaras
con tus manos los hombros,
la frente, me pasaras
las manos con amor por las caderas,
comprobando el sudor, la fiebre, el pulso,
mi sufrimiento y mi alegría;
que me amaras de cerca,
que me amaras también humanamente:
con un poco de amor y un poco de odio,
y mucho de piedad, como nosotros
los hombres nos amamos.

Así, cuando me llegue el duro día
en que la muerte me reparta
en aroma y arcilla,
comprenderías mejor lo que yo fui,
lo que fueron mis ojos,
mi corazón, mis órganos amando;
sabrías que no sólo tuve un alma,
sino un cuerpo viviendo en un mar de avideces,
inclinado a la tierra
lo mismo que hace el trigo maduro en la gloria de junio.

No nos veremos nunca aquí, sobre esta roca,
aquí, donde pensaba que sería más fácil
explicártelo todo, y alzar tu comprensión
hasta el vaso colmado de mi dolor de hombre,
irremediablemente lejos
de la luz verdadera.

No nos veremos nunca aquí.
Ni nunca me amarás como yo deseaba,
porque cuando me veas
ya la muerte me habrá robado aquella
sola disculpa de mi vida,
la clave de mi ser: mi pobre cuerpo...

AVISO

*(Para las esculturas de
J. Abad,
1971)*

No está de más decir que en este caso el hierro,
en la milagrería del volumen,
se hace más quebradizo que la rosa,
más ágil que el venado en las selvas del tigre,
y que es aconsejable se abstengan y no entren
los expertos en garras, los sabios en azufre,
los mediocres, los tontos, los gusanos...

Nadie venga con odio o con pistola
a manchar la belleza
que ha levantado el hombre con sus manos.

Quédese en el umbral quien no esté limpio
de violencia.

Mejor se vaya antes
a su cueva sombría y rumie allí sus iras,
su desolado reino, su ceguera.

Porque aquí está la luz y estaría mal visto
el lobo disfrazado de cordero,
el verdugo que dobla el espinazo,
reverencial y gentilísimo,
mientras le pide el nombre, incluso, al aire.

Váyase enhorabuena el envidioso
a su pálido estiércol impotente,
a sus alcantarillas obstruidas...

Sean

bienvenidos los puros,
los no contaminados de ponzoña, los claros;
venga el hombre y se instale,
se embarque en la aventura contemplada,
ame la obra libre de otro hombre y comprenda
cuántos caminos quedan, cuántos días
vírgenes del futuro se le ofrecen
y cuánta libertad sin límites alienta
el pensamiento todavía.

Por una vez el hierro no es grillete,
ni barrote de celda, ni candado.

Por una vez el hierro,
por una vez el hierro pesa menos que el ala.

INSTANTE

Si todo un día, entre la luz del cielo, la bóveda celeste y el jardín de rosas, viene a cantarte el pájaro del sueño, alza con convicción tus ojos a la altura del fondo de tu vida, como recién naciendo al prodigio imprevisto de su canto, la libertad de vuelo que te ofrece desde la rama verde y alta.

Sábetete un centro en que la acción de la existencia toma raíz humana, cabal sentido de cuánta realidad hay en ti y en el mundo.

Instante del crepúsculo, oh dimensión sin nombre, sinfonía perfecta del entero universo ese rumor entre el follaje del jardín movido tan sólo por un pájaro, por su gorjeo inasible...

LLUVIA MAHLER

Desde la hierba al cielo, la niebla del domingo; húmedo humo, y blanco, ascendiendo entre el ramaje vivo del eucalipto, el pinar, el asfalto, las cunetas donde el agua enlodada se lleva una memoria en su página efímera. Y después de la lluvia, don de las hojas, y el repentino revivir arbóreo, el aire tenso y denso, como heredado de tal gracia imprevista, al fondo, musitado, ciclópeo y duradero, Gustavo Mahler pasa sobre un tropel de imágenes por la escena casi nocturna de la tarde que muere, agitando su comezón ardiente, su batuta flamígera, espiraleando en la nada completa del ocaso.

Ni términos, ni límites.

El paisaje dúctil, ya casi pan de oro batido por la música azul y decaída, propia, sí, de algún ángel que tocara alada-mente el gran teclado del ámbito llovido. Monocorde canción de más allá de las montañas próximas, en las que, tal vez, palomas o gorriones huidos, mirlos leves, con sueño y sed de vuelo, buscan cómodo asilo entre las sombras que prohija el día muriente para la cálida magia de la noche.

Niños y música. Lluvia. Música y niños.

Todos de oro. Transparentes. Vagando en el milagro puro del concierto enhebrado entre la luz que cae, la liturgia del mundo y la sombra que amorosa se acerca.

Mahler de nuevo y siempre.

Antes del corazón en mitad de sus días y para después de la mitad de los días por venir o por vivir. Siempre Gustavo en cifras y en distancias, entre aguas iguales, cauce idéntico al gozo de algo que tiene condición perenne o sustancia de estrellas.

Música y vida.

Es silencio el silencio y parte ya del todo de la noche, de su unidad perfecta...

DICIEMBRE, ADIÓS

Diciembre una vez más. Diciembre el doce, el último, el pío diciembre de zapatos rotos, de pies descalzos sobre las tierras frías; diciembre el más generoso de sus hermanos, porque once nos dejaron vivir, pero él hace más y nos permite un gesto, cierta postura de esperanza frente a la tierra virgen de otro año. Él nos toma de la mano y nos lleva a su noche final, ofreciéndonos un tiempo que aguardamos con ansia. Al fin y al cabo, diciembre cortés, bien educado, mundano, "public relation" de su hermano mayor enero y parentela, olvidada ya, arrinconada en nuestra presurosa carrera, mirando relojes, clepsidras, días y noches.

Pero duele diciembre lo mismo que duelen todas las cosas últimas, igual que debe doler el blanco adiós de esos pañuelos sobre los puertos del mundo, mientras saludan, hasta la raya del horizonte, a los navíos zarpados de nuestra orilla y nos dejan con la mano envejecida en el aire. Duele diciembre como una gran pena blanca, porque llega marchándose lo mismo que un derrumbe dorado, golpeando levemente con esa mano de metal que un artesano sin nombre colocó en la puerta de nuestra memoria, en previsión del visitante inesperado o violento, portador de malas nuevas. Toca en la noche honda, rememorando tiempos y espejismos, recuerdos, alegrías, la carne que ahora somos, lo que fuimos, lo que pudimos ser. Sus ondas se multiplican, por gracia de diciembre tan pasajero, en los corredores altísimos que

bordean patios con fuentes imposibles, los arriates de rosas de color indeleble, bancos de piedra donde se detiene el alma un instante para hacer el balance del tiempo que se marcha y comprobar que el debe y el haber no concuerdan, porque hay algo que falta y que pudiera ser la longitud de un río o el cuerpo de un hijo, cierto esplendor perdido.

Yo no soy una isla y nadie es una isla. Confieso que no soy una isla en el sentido exacto de la palabra, porque tampoco las palabras tienen un exacto sentido ni tienen por qué tenerlo en el espacio interior donde verdaderamente desarrollo y realizo la vida. Pero sí soy una isla en la más inexacta, ambigua y desordenada acepción de la palabra, que es como yo amo esa música en mi lengua, y con base en esa inexactitud reconozco que me voy despoblando si me pongo detrás del cristal y rápidamente el viento empieza a mover los árboles y los árboles se despeinan y viene la lluvia y canta. Cierro los ojos. Y ya estoy despoblándome de todas las cosas que me hicieron: los amigos lejanos, los muertos, los hostiles, los altivos y los innumbrables.

A esta confusión se agrega el tropel de niños que yo he sido en una sola infancia, con estos mismos ojos de hoy, finalizando los días de diciembre, y unos mismos calzones de postguerra. El pan aquel que me sabía a gloria al fondo de los pasillos de la casa paterna, ahora dispersa y sola por la distancia y por la muerte. Fuera, en la calle, estaban los compañeros de mi adolescencia —adiós, muchachos, compañeros de mi vida— con sus tirantes de cordel corriente, cigarrillos de diez céntimos, pelo cortado a la moda de los años aquellos, hambrientos siempre como yo, tan adictos a la misa de barrio y al matiné con filmes de inocente violencia: Tarzán era magnífico, inofensivo y protector, y todos queríamos irnos a la selva, salir de aquel infierno de pulmonías mortales, racionamientos y miserias. En la selva hallaríamos el alimento necesario, la imprescindible libertad, como Johnny Weissmüller, tan nutrido, tan ágil.

Y vuelvo a abrir los ojos y sigue pasando el viento solitario por la calleja de este diciembre que dice adiós. Se desnudan las ramas. Mal tiempo para andar por ahí sin una bufanda de sueños o al menos unos guantes de lana esperanzada para estrechar tantas manos frías, hirientes o cortantes como el metal cotizable. Repartiría esas prendas a los hombres que pasan y así disimularan la áspera indiferencia y el desamor superlativo, que confieren carácter.

Pero qué importa todo. Canta la lluvia y es diciembre y estoy en una isla. ¿Dije alguna vez que yo era una isla? Me equivoqué: isla, nunca. Puedo vivir en ella y en ella morir, pero como un relámpago que sin cesar se extendiese por los amplios espacios. Isla, nunca. Isla, jamás. Me cojo el corazón y lo lanzo a lo lejos, como un globo rojo, como una botella con un mensaje dentro, para que se pierda en el azul del cielo o de los mares que me rodean y me acosan, pero sabiendo que no podrán conmigo, enmudecer mi voz de continente. Isla no.

Adiós, diciembre, adiós. Qué orgullo el mío: todavía te quedan días para matarme y yo estúpidamente te digo adiós, inhumándote antes de tiempo, cuando muy bien podrías cogerme por el cuello y romperme la nuca, llevándome contigo a ese sitio donde están, donde deben estar, todos los diciembres míos, diciembres con mis hermanos y mis padres, diciembres cerca del mar, con libros en la mano, el primer pantalón largo, la primera muchacha, días de juventud con mi madre al fondo del retrato, diciembres con el amor guardado en las limpias bodegas del corazón, diciembres con aquellos amigos, otros diciembres en un pequeño pueblo con cipreses y fango, cerca del río Era, río de mariposas y de urracas. Diciembres fantásticos. La luna y las fogatas. Diciembres con los hijos que tuve y que perdí no sé por qué. Diciembre con la hija que me queda, tan mayor, tan parecida a mí, y en cuyas pupilas brilla y se propaga mi niñez indemne, el único tiempo inmaculado del hombre.

Adiós, diciembre, adiós. ¿O eres tú quien me lo dice? ¿O eres tú quien me despide largamente, y el que se va soy yo, una vez más "ligero de equipaje, casi desnudo como los hijos de la mar"?

ALGUNOS POEMAS Y PROSAS
INÉDITOS

QUERELLA AL ÁNGEL

Dame —dije en la tarde— todo el oro del mundo.
He yacido en la hierba y esperado tu mano.
No me arrastres de golpe hacia el sueño profundo:
aún me corre en la sangre el calor del verano.

La hojarasca, los días, el ave que se aleja
y las olas del mar cuando el viento lo azota,
vuelven a la memoria la razón de esta queja
y al alma la tortura de mi humana derrota.

Nubes: bajo los cielos. Vida: burdo espejismo.
De tu fronda sombría, príncipe del abismo,
soy yo que me defiendo con esta cimitarra
construida de tiempo donde mi ser se estrella,
y hace inútil y absurda mi constante querella
con tu zarpa de muerte que siempre me desgarrar.

TAGOROR DEL RECUERDO

(*Brahms*)

Cómo cae la lluvia, cómo el otoño muere
contra los ventanales de la casa, y tiritita
el solemne castaño porque el frío lo hiere,
y es igual a la suya mi tristeza infinita.

Calle abajo, las aguas, a Santa Catalina,
llevan hojas y cartas de amor hacia la nada,
y la tarde que un tiempo llegó a ser cristalina,
hoy es sucia y opaca como una madrugada.

Campanas a lo lejos.

Por los cielos mojados
zureará en Guayonje la paloma salvaje
y anidará en las cuevas de los acantilados.

Cuando vuelva a la tierra, tu luz y tu paisaje
de torcidos viñedos y de campos callados,
Tagoror del recuerdo, llevaré en mi equipaje...

PARTIDO DE DOMINGO

Las palabras bordean lo indecible.

R. M.^a Rilke

En el estadio, cerca de mí,
entre la masa anónima de rostros,
yo descubrí aquel rostro y le di un nombre.
Belleza se llamaba.

Allá arriba, en la bóveda
azul del archipiélago,
era abril.

Revive la memoria
por la luz enredada en sus cabellos
flamígeros,
y porque el corazón,
ceniza escarnecida por la injuria del tiempo,
umbraleó la eternidad.

En sus ojos hondísimos
ardía la juventud como la flor salvaje,
y pude adivinar qué cuerpo me ocultaba
la muchedumbre enloquecida,
porque sus tersos, claros hombros,
y aquel aire de estatua de alabastro vivísimo,
no demostraban ni desdén ni júbilo,

como fuera del resto de los demás mortales
y lejos del discurrir intrascendente
de aquel partido de domingo,
en que ya no importaba
la derrota o el empate,
pues era suya la victoria.

Cuerpo pagado de sí mismo,
en su propia hermosura recreándose,
con la ebria altivez de sus fúlgidos años
y el esplendor de ser sin repartirse.

Su mirada un instante se cruzó con la mía
y me sentí salvado de la muerte...

Acabados los tiempos del encuentro,
un toque prolongado de silbato
me hizo volver al reino de este mundo.

Luego,
gradas abajo, hacia las puertas,
fue dispersándose el gentío entre un mar de rumores
por la penumbra urbana,
y se perdió también y para siempre...

DE LA LUZ

Amor, si me ves dormido,
no me despiertes, amor.

De la luz tengo temor
y cuando duermo la olvido.

Por todo lo que me ha herido
la luz con su aguda espada,
déjame en la sombra amada
soñar la muerte en la vida,
y el día de mi partida,
ten la ventana cerrada.

DEL CAUDALOSO FLUIR

(en las islas)

Mientras el viento varea
al áspero litoral,
y el frío sol otoñal
se ahoga en la alta marea,
me está doliendo la idea
de siempre: que he de morir...

Yo, caudaloso fluir
de la vida hacia la nada
como la roja alborada
de un día sin porvenir.

OFRENDA

Para D.

Ahora, en este mismo instante, abrieras los grandes ventanales de cristal, los cuartos luminosos; te asomaras al alto mar del día que a ti llega, coronándote de luz y de silencio, solidario y conforme con tu parte en el mundo.

Llore quien quiera sus derrotas, el prodigio ruinoso de los días, su resplandor gastado y pasajero, pero tú sigue alegre y claro, aspirando este único sol colgado como lámpara en el techo del cielo deslumbrante. Alarga siempre tu palabra ardida por la selva traslúcida del aire, hacia el oro indeleble del mañana, oprimiendo en las manos, tan sabias de existir, toda la gloria viva, apenas detenida, de la luz derramada, y rechaza los frágiles dones de la lluvia, la tierra hollada por la pezuña impaciente del olvido. Acepta la herencia indivisible de los mares, las lapidadas algas de estas piedras ciclópeas, donde un oleaje sin paz se acantila rompiéndose.

Mortal y eterno a un tiempo, en ti está la vasija que alberga el soplo de sueño de las islas, la dimensión exacta que acoge la embestida de luz de estas estrellas.

Tuyo se vuelve el mundo si, como una tromba ígnea, un brazo extiendes al horizonte de pájaros remotos.

Y mientras se levanta la amarilla hojarasca barrida desde el alba, yo emerjo del oscuro ramaje de la vida y aquí te nombro, entre fragor y abismos, con la distancia mínima del viento, admirado de tu destino de dardo en la unidad infinita...

EN LA DISTANCIA

(de un Diario sin fechas)

—Tiempo, vida, tiempo. Ese peregrinar sin compostura y sin equipaje, las cuencas de los ojos vacías de tanto ver el fin, el final que se precipita hacia nosotros como el túnel entrevisto desde la ventanilla de un tren sin destino. Viajar, vivir por el tiempo. O más bien, el tiempo viajando por nosotros, ajando la víscera y el cartílago, la estructura de los sueños y el corazón, primo hermano del "terciopelo ajado".

—A dónde nos deslizamos, no lo sé. Nadie obtuvo billete de regreso y el equipaje de la fe se quedó en alguna estación sin nombre de una ciudad sin nombre.

—Todavía el tiempo tiene tiempo. Y paciencia. Él está encima columpiándose. Me mira. Pero sus ojos son de piedra y raspa el iris de los míos.

—Madurez le llamamos a este ocaso rodante, a este yermo jardín en que para la vida, a este tétrico juego en el que vamos a perderlo todo. Palabras y palabras con que engañar la espera, "mas ella no faltará a la cita".

—Amé los trabalenguas. Los recomendaría en todos los grados de la primera enseñanza por el magnífico ejercicio que suponen para las tiernas inteligencias de los niños. Yo

necesité más que el agua y el pan los trabalenguas en mi niñez, ahíta de repetir aquella letanía de la tabla de multiplicar, que vino a ser algo así como los cantos gregorianos de la lejana infancia bi-postbélica, itinerante, temerosa y pacata que sufrimos tantos, por mor de Dios sabe qué palos de ciego, primaveras rotas, esquinas asechantes, hambres largas, colas y racionamientos.

—Te alargué mi mano y la cercenaste, hermano mío, y desde el horrible muñón aún va en tu auxilio mi sangre incontenible. Lo mismo ha ocurrido con mis ojos, que desde la bandeja todavía te miran con amor. Y todo yo, desde la soledad en que vivimos, soy tu más fiel y única y profunda compañía. Esto tenía que decírtelo y tenías que saberlo. El resto ya no importa.

—A la caída de la tarde reverdece, como por milagro, todo el tiempo que he vivido en un soplo, y se me figura la vida como un majestuoso templo que hubiese sido desmantelado por un pavoroso huracán. Las ruinas aparecen diseminadas, informemente esparcidas aún en el espacio donde aquél se erguía. El recuerdo de nosotros mismos es para el que, posiblemente, menos hallamos consolación, porque la presencia herida de su derrumbe es constante en la memoria.

—El perro de siempre ladra por detrás de las cercas. El mismo perro de hace ya tantos años. El famélico, el de cuencas hundidas, babeante y tatuado de pústulas, debatiéndose contra el chacal de la memoria. Me invita a un viaje y no sé cómo voy a componerme el destrozado traje de la ilusión, la vieja chaqueta del sueño.

—Con frecuencia siento la necesidad de regresar al tiempo más puro de mi vida, aquél en que, por su propia condición de pureza natural, el corazón no precisó ni de la inteligencia ni del sexo como acompañantes incómodos para vivir su tiempo. Fueron éstos los que, desplazando al corazón, os-

curecieron la inocencia de la vida, introduciéndome en este penoso laberinto, donde la astucia y las artimañas de la mente, la insidia y ardides de la carne, han hecho de mí un individuo suspicaz, temeroso, infeliz, inestable y torturado, tan distante de aquel otro que fui yo como si de otro ser se tratase.

—Ordena la mesa, los papeles. Coloca los libros recién leídos en el lugar correspondiente. Limpia los ceniceros, la casa; corre las cortinas, apaga algunas luces. Que la música sea de Bach o de Albinoni. Aféitate la barba de una semana. Cámbiate la camisa, el pantalón. Escribe una carta larga y afectuosa a un ser que ames, a un amigo distante. Relee a Machado, a Rilke; tranquilízate aspirando el humo azul de un cigarrillo, el aire quieto de la noche, el aroma de cualquier recuerdo de tu vida, porque hoy ha de venir, y todo así lo indica, el príncipe oscuro que ha de llevarte, quieras o no, a su reino sin retorno, monarca de un territorio cuya sola imagen —ahora tan en la vida— te angustia...

—Para quien quiera oírlas, está llena de músicas la noche.

—Cierta primavera de hace ya treinta años, de la mano de un padre que me duele en el sueño porque ya duerme en él, pisé Pisa, pisamos tierras pisanas; entré, con el corazón en la boca, en el ámbito prodigioso de la Plaza de los Milagros. Revoloteaban las palomas entre nosotros o remontaban el vuelo hacia el Baptisterio bajo los disparos de kodaks incansables... Pero ya todo es canción cantada, agua pasada, caballo por las praderas solas, y vuelvo como un autómatas a la plenitud de este día, a su presencia bárbara, con los ojos soñolientos, a esta quejumbre mágica y doliente.

—Aquí vivo, sí, lejos de tu aire dorado. Aquí vivo ya en una interminable distancia de tierras, de corazones ajenos, coronados de otoños, sobre una superficie cuyo límite ignoro.

Sé que si me pongo a caminar un alba llegaría incluso al Mar Negro, a la helada Finlandia, asistiría a ese espectáculo triste de la lluvia en el Canal Grande de Venecia, la isla de San Jorge, donde duerme Ezra, entre la niebla marina. Desde aquí ya soy ciudadano del mundo, aunque me cuesta sangre y sufrimiento. Los hombres somos una bandada de pájaros errantes, y no me extrañaría verme un día, como si nada hubiese ocurrido, en un pequeño y perdido restaurante de la Rue des Prêtes Saint Germain l'Auxerrois, junto al mismísimo Sena, a la espalda del Louvre, oyendo cómo las aguas arrastran siglos y siglos de historia también mía, corrientes donde todos los rostros se han reflejado, rostros de genios y de locos, rostros de suicidas y borrachos; rostros de Picasso, de Óscar, de Chopin o de Baudelaire, y hasta contemplo mi rostro airado entre el gentío asaltante de las Tullerías y afilo la hoja de hierro que cercenará la cabeza de Luis XVI. Ahora mismo puedo encaminarme hacia Italia, hacia las islas jónicas, porque toda la tierra se muestra abierta y generosa para mi pie andariego... Pero en el corazón me brinca la nostalgia, la dulce y perdida tiranía de tu exiguo contorno, isla mía, madre mía, coronada de flores como una muchacha de Botticelli, entregándose por primera vez, con toda su belleza, al solo amor verdadero. Tú así siempre.

—Otra tarde, sin cólera, carretera adelante bordeada de altos chopos y caseríos lejanos entre colinas de sueño, se me desgarraron los ojos frente a Silos. Ulises mismo habría olvidado a Penélope en aquel claustro de piedras amarillas, en cuyo patio un césped de un verdor imposible mantenía en pie a un ciprés más metafísico que vegetal, cantado, hacía muchos lustros, otro día radioso, por otro poeta peregrino como yo. Porque para los que nos debatimos constantemente entre permanecer quietos en la contemplación, como aquel "mudo ciprés en el fervor de Silos", o perdernos en un interminable viaje tras no se sabe qué vital vellocino de oro, "argonauta ilusorio de un país presentido", para los que no hemos alcanzado jamás el fiel de la balanza, esta

aventura de vivir oscila una vez hacia el vértigo, otra se inclina hacia la quietud insondable. Múltiple sé que es mi destino de hombre y que cada mañana me multiplico en un inmenso gentío ululante, insatisfecho y hambriento, siempre solitario o disperso, pero "cubridor de la tierra".

Arturo Maccanti, de padre italiano y madre portuguesa, nace en Las Palmas de Gran Canaria, en 1934. Desde 1951 reside en la isla de Tenerife. Estudió en Salamanca y La Laguna, donde se licenció en Derecho. Entre 1972 y 1973 residió en Madrid, colaborando en la editorial Taller de Ediciones JB. Ha viajado por Francia, Alemania y Finlandia, y residió temporalmente en Italia. Ha traducido a los poetas italianos Saba, Ungaretti, Montale, Quasimodo y Cardarelli, y ha hecho versiones del poeta griego moderno Constantino Cavafis.

Alfonso O'Shanahan Roca, nacido en Las Palmas, Tafira, en 1944, es poeta, periodista y novelista. Dos entregas de versos, *Elegía y testimonio* (Mafasca, 1968) y *Una canción, una patria* (Paloma Atlántica, Madrid, 1977), así como dos novelas, *Antípodas* (Las Palmas, 1980) y *Equinoccio* (Tenerife, Centro de la Cultura Popular Canaria, 1985), son los títulos que han visto la luz hasta el presente. Una tercera producción novelística está en proceso de elaboración. En cuanto a la trayectoria periodística, merecen citarse sus *Ideogramas*, publicados en "La Provincia", diario en el que fue subdirector, y sus *Crónicas diacrónicas* en la última etapa del semanario "Canarias Económica". En la actualidad mantiene una columna cotidiana en "Diario de Las Palmas", titulada *El laberinto de las hadas*. Desde noviembre de 1986 es director de la emisora "Radio Canarias-Antena 3".



Biblioteca Básica Canaria

1. *Historia de la Literatura Canaria*: María Rosa Alonso Rodríguez.
2. *Romancero Tradicional Canario*: Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología*.
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Canarias*.
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia*.
7. Fr. Andrés DE ABREU: *La vida de San Francisco*.
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de la Corte de Madrid*.
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias*.
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador*.
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas Literarias*.
12. Nicolás ESTÉVANEZ: *Fragmentos de mis memorias*.
13. Benito PEREZ GALDÓS: *La Fontana de Oro*.
14. Luis y Agustín MILLARES CUBAS: *Antología de cuentos*.
15. Benito PÉREZ ARMAS: *La vida, juego de naipes*.
16. Angel GUERRA: *La lapa y otros cuentos*.
17. *Ensayistas canarios*: Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Obra Narrativa*.
19. Domingo RIVERO: *Obra Completa*.
20. *Antología de la Poesía de finales del siglo XIX*: María Rosa Alonso Rodríguez.

21. Manuel VERDUGO: *Estelas y otros poemas*.
22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules*.
23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa)*.
24. Saulo TORÓN: *El caracol encantado y otros poemas*.
25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas y otros poemas*.
26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre*.
27. Emeterio GUTIÉRREZ ALBELO: *Enigma del invitado, Romanticismo y cuenta nueva y Campanario de la primavera*.
28. Fernando GONZÁLEZ: *Obra poética*.
29. Agustín ESPINOSA: *Lancelot, Media hora jugando a los dados y Crimen*.
30. Josefina DE LA TORRE: *Antología*.
31. Domingo LÓPEZ TORRES: *Obra Completa*.
32. Pedro GARCÍA CABRERA: *Entre cuatro paredes, Transparencias fugadas y Dársena con despertadores*.
33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología*.
34. Pedro LEZCANO: *Paloma o Herramienta*.
35. Agustín MILLARES SALL: *La palabra o la vida*.
36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía*.
37. Manuel PADORNO: *El Nómada sale*.
38. Arturo MACCANTI: *El eco de un eco de un eco del resplandor*.
39. Luis FERIA: *No menor que el vacío*.
40. Justo JORGE PADRÓN: *Antología poética 1971-1988*.
41. Lázaro SANTANA: *Bajo el signo de la hoguera*.
42. Eugenio PADORNO: *Teoría de una experiencia*.
43. Juan JIMÉNEZ: *Itinerario en contra*.
44. Isaac DE VEGA: *Conjuro en Ijuana*.

45. Rafael AROZARENA: *Mararía*.
46. Alfonso GARCÍA RAMOS: *Guad*.
47. Juan Manuel GARCÍA RAMOS: *Malaquita*.
48. J. J. ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal*.
49. Luis LEÓN BARRETO: *Las espiritistas de Telde*.
50. Juan CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos*.
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe*.
52. Nivaria TEJERA: *El barranco*.
53. Víctor RAMÍREZ: *Cada cual arrastra su sombra*.

Se acabó de imprimir
el día 31 de mayo de 1989,
en los talleres de
MARIAR, S. A.,
de Madrid.

Nuestra poesía, la poesía canaria, ha tenido en momentos que se ejemplifican en Tomás Morales, en Alonso Quesada, en Pedro García Cabrera, momentos claramente cimeros reconocidos por todos. Yo quiero atreverme a asegurar que, con Arturo Maccanri, Canarias recupera uno de esos momentos en los que la poesía se constituye en la avanzada de las artes y en la muestra más elocuente del grado de espiritualidad de toda una cultura genuina.



Biblioteca Básica Canaria



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

socadem